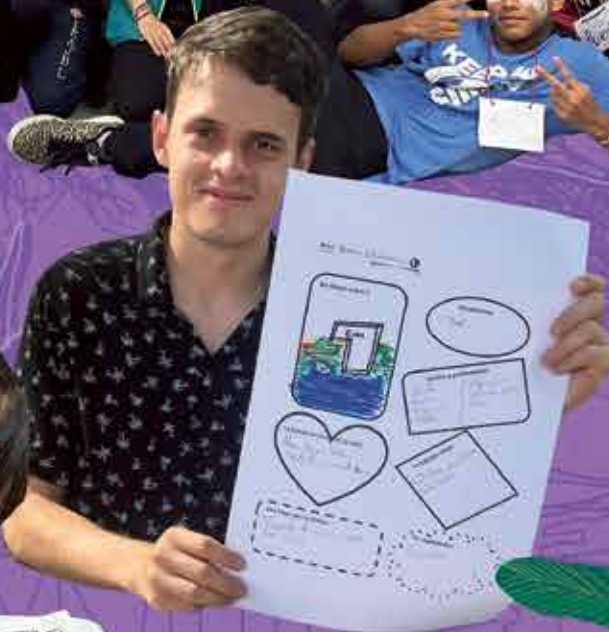


Entainer

No. 21



Autor adoptado
Carolina Calle
Comunicadora social y periodista



Una pequeña victoria contra la indiferencia

Mónica María Restrepo Palacios | Directora ejecutiva Fundación Grupo El Colombiano

Cada edición de El Taller Prensa Escuela nos recuerda que el periodismo nace de algo profundamente humano: la capacidad de mirar lo cotidiano con ojos nuevos. Este programa, que durante 31 años ha acompañado a miles de jóvenes, no es simplemente un semillero de, quizás, futuros periodistas; es un espacio donde se aprende a leer la realidad con sensibilidad, rigor y curiosidad.

Lo más valioso de El Taller no es formar reporteros, sino formar miradas. Miradas que se detienen en los detalles que otros pasan por alto, miradas que encuentran historias donde pareciera que no las hay, miradas que no temen hacerse preguntas. En un mundo que avanza rápido y que muchas veces nos obliga a vivir en automático, Prensa Escuela nos invita a lo contrario: a pausar, observar y volver a conectar con lo que nos rodea.

Por eso la narración es tan importante en este proceso. Es un género que exige escuchar, caminar, incomodarse, interpretar. Es un puente entre el adentro y el afuera. A través de ella, los jóvenes reconstruyen sus barrios, sus familias, sus miedos y sus certezas. Descubren que sus vidas están llenas de historias dignas de ser contadas y que la escritura tiene el poder de darles orden, sentido y voz.

En palabras de Gabriel García Márquez: “La vida no es la que uno vivió, sino la que uno recuerda, y cómo la recuerda para contarla”. Esa frase resume el espíritu de El Taller: los jóvenes aprenden no solo a vivir la realidad, sino a interpretarla y transformarla en un relato que tenga significado para otros.

Cada texto publicado este año es una pequeña victoria contra la indiferencia. Son relatos que rescatan memorias, que honran personajes que sostienen la vida comunitaria, que narran conflictos y alegrías, que iluminan esos lugares que solo existen para quien se toma el tiempo de verlos. Y, sobre todo, son textos honestos, escritos desde una autenticidad que a veces los adultos perdemos sin querer.

Como directora de la Fundación, pero también como mujer que cree en la democracia y en la libertad de expresión, celebro profundamente estos ejercicios de narración. Porque una sociedad democrática necesita ciudadanos que sepan contar, preguntar, contrastar y sentir. Necesita jóvenes que reconozcan su territorio, que comprendan sus dolores y sus matices, y que sepan transformar experiencias personales en relatos con valor público.

Treinta y un años después, Prensa Escuela sigue demostrando que la educación para la ciudadanía no solo ocurre en los debates o en las leyes, sino también en la palabra: esa que reconstruye, que cuestiona, que humaniza. Esto es una invitación a comprender mejor quiénes somos y qué mundo estamos ayudando a construir.



A los jóvenes que participaron este año, gracias por recordarnos que la realidad no se agota: se renueva cada vez que alguien la mira con atención. Gracias por enseñarnos que lo cotidiano es un territorio lleno de revelaciones. Y gracias por permitirnos acompañarlos

en este viaje hacia una ciudadanía más consciente, más sensible y más comprometida.

Que esta edición sea un recordatorio de lo que podemos lograr cuando confiamos en la fuerza transformadora de la palabra.

El periodismo que siembra pensamiento crítico

Juan David Suárez | Director de la Facultad de Comunicación Social - Periodismo | Universidad Pontificia Bolivariana

Nuestro periodismo necesita que las historias se cuenten de manera completa. Las condiciones sociales, políticas, culturales y económicas —en constante transformación gracias a la evolución de las sociedades—, obligan a ejercer un periodismo que aborde las realidades desde múltiples miradas y diversas orillas, conservando la responsabilidad que se tiene con las audiencias.

A pesar de las violencias, los abusos de poder y de todas las circunstancias críticas que rodean el ejercicio del periodismo, este siempre ha logrado propender por la defensa de las libertades públicas, como razón primaria de la democracia.

Esta intencionalidad legítima de nuestra profesión, es tal vez el motivo central del Programa Prensa Escuela: una iniciativa interinstitucional que propende por la germinación de la postura crítica de nuestros jóvenes con respecto a las realidades que los circundan.

Por esto, en 2025 Prensa Escuela convocó la participación de más de 70 barrios y veredas, pertenecientes principalmente al municipio de Medellín, junto con una representación significativa de Itagüí y algunos sectores limítrofes. Con un impacto mayoritario en los estratos 2, 3 y 4, el 60% de los participantes residen en comunas populares o intermedias del norte, centro y occidente de la ciudad. Es decir, jóvenes de comunidades que se caracterizan por su diversidad social, donde el acceso a la oferta cultural formal es limitado, a pesar de existir sólidas redes de participación ciudadana que dinamizan los territorios.

Esta diversidad territorial, histórica y social fortalece el propósito de Prensa Escuela: formar jóvenes críticos, participativos y conscientes de su entorno, capaces de leer la ciudad desde múltiples perspectivas y de construir ciudadanía a través del lenguaje, la comunicación y la acción colectiva.



Es este un proyecto que refleja, de manera estratégica, la labor social, educativa y cultural que cumple Prensa Escuela en Medellín y el Área Metropolitana. Su labor se articula directamente con los propósitos de extensión, proyección social y formación integral de nuestra Universidad Pontificia Bolivariana y también de

nuestros aliados, la Universidad de San Buenaventura y la Fundación Grupo El Colombiano.

Abogo por otros 20 años más de existencia viva de Prensa Escuela y de todas las iniciativas interinstitucionales que propendan por la formación de nuestros jóvenes.

Una alianza educativa que escribe ciudad

Lina María Cano Vásquez | Decano de la Facultad de Educación | Universidad Pontificia Bolivariana



Desde hace veinte años, Prensa Escuela y la Escuela de Educación y Pedagogía han construido una relación sólida y significativa. En esta alianza, que comenzó desde el 2005, la Escuela ha aportado al programa el acompañamiento de un profesor del área de español y estudiantes de últimos semestres de la Licenciatura en Español e Inglés; ambos participan de un ejercicio cooperativo con la Fundación Grupo El Colombiano y la Universidad de San Buenaventura. El aporte de la Escuela se centra en sus saberes: el español, las metodologías, las didácticas, la evaluación y la planeación.

Es así como talleristas y estudiantes, hacen parte de un proceso que promueve la formación de los jóvenes de los diferentes colegios de Medellín que asisten a Prensa Escuela. Se les acompaña en los procesos de escritura de textos de no ficción que dan cuenta de los contextos de los cuales hacen parte: la familia, el barrio, el colegio, la ciudad. Esto permite que se apropien del rol de ciudadanía para narrar la vida que los rodea y de la cual son protagonistas; se les da el espacio para socializar, para ser escuchados y se les orienta para que cuenten sus realidades. Es allí donde los estudiantes de ambas universidades en su rol de formadores leen, dialoga y están al lado de los jóvenes para guiarlos en el camino de su escritura.

Se resalta que, la metodología de taller es la estrategia propicia para propiciar experiencias diferentes a las del aula tradicional. Al venir de diferentes sectores de la ciudad, se les aproxima a diversos referentes de vida y a las categorías de ciudadanía de Prensa Escuela: confianza, cuidado del bien común, escucha, empatía y narración, que les permiten a los jóvenes reflexionar constantemente sobre la vida de la ciudad y la de sus alrededores.

Cada viernes, habitar los salones de la Universidad Pontificia Bolivariana, en estos talleres, amplía también sus horizontes: sobre el futuro profesional, la vida universitaria y, sobre todo, tienen la oportunidad de interactuar con personas de otros contextos.

Lo más valioso de este ejercicio es que, al final de cada año, los resultados —imágenes, textos, videos y experiencias— dejan huella en quienes forman parte del programa: instituciones, profesores, talleristas y estudiantes de los colegios, quienes descubren que la palabra es un lugar de encuentro.

El taller
El Taller 2025 N° 21 ISSN 2215-9886

FUNDACIÓN GRUPO EL COLOMBIANO

Presidente
Juan David Urrego Restrepo
Vicepresidente de contenidos
Luz María Sierra Lopera
Directora Fundación El Colombiano
Mónica Restrepo Palacios
Coordinadora Prensa Escuela
Carolina Campuzano Baena
Universidad Pontificia Bolivariana
Rector
Diego Marulanda Díaz
Decano Escuela de Ciencias Sociales
Ómar Muñoz Sánchez
Dir. Facultad de Comunicación Social - Periodismo
Juan David Suárez Vera
Decana Escuela de Educación y Pedagogía
Lina María Cano Vásquez
Coordinadores Convenio Prensa Escuela - UPB
Facultad de Comunicación Social - Periodismo
Carolina Campuzano Baena

El Taller Prensa Escuela - Prensa Escuela EL COLOMBIANO
Universidad Pontificia Bolivariana - Universidad de San Buenaventura

Facultad de Educación
José Mario Cano Sampedro
Universidad de San Buenaventura
Rector
Fray Ernesto Londoño Orozco, OFM
Decana Facultad de Educación
Verónica Moreno López
Coordinadora Convenio Prensa Escuela - USB
Maricela Moreno Oviedo
Diseño y producción
Manuela Correa Upegui
Área de Comunicaciones El Colombiano
Fotos de portada
Talleristas Prensa Escuela EL COLOMBIANO
Fotos páginas interiores
Talleristas y coordinadores Prensa Escuela
Ilustraciones
Manuela Correa Upegui - @manuelacorreau
Estefanía Montoya Echeverri - @eme_artdesing

Talleristas 2025
Universidad Pontificia Bolivariana
Facultad de Comunicación Social-Periodismo
Susana Arcila Jiménez
Valeria Hernández Martínez
Samuel Alejandro Osorio Parra
María Antonia Quintero Arango
Ashley Delgado Roldán

Facultad de Educación
Ana María Arango Ortega
Melany Bedoya Montoya
Universidad de San Buenaventura
Licenciatura en Humanidades y Lengua Castellana
Kevin Santiago Cardona Suárez
Luisa María Calderón Bedoya
Vanessa Ibarra Toro

Prensa Escuela es un programa de la Fundación El Colombiano en convenio con las universidades Pontificia Bolivariana y de San Buenaventura que le aporta a la formación de ciudadanos sensibles y comprometidos con su entorno por medio de la lectura de relatos de no ficción y la motivación a la escritura desde los géneros periodísticos. Contribuimos con la formación de lectores con criterio y de generadores de contenidos con responsabilidad.

Fundación Grupo
elCOLOMBIANO

UPB
Universidad Pontificia Bolivariana

UNIVERSIDAD DE SAN BUENAVENTURA

Prensa escuela: un programa que responde a retos del ámbito educativo

Verónica Moreno López | Decana de la Facultad de Educación | Universidad de San Buenaventura



En los últimos años la UNESCO, UNICEF, el BID (Banco Interamericano de Desarrollo), entre otras organizaciones, han publicado algunas cifras que llaman la atención frente a los niveles de comprensión lectora en América Latina. Se presume que más de la mitad de los estudiantes no alcanza a tener un nivel de entendimiento adecuado para interpretar textos. Esta cifra resulta preocupante en el marco de los ODS (Objetivos de Desarrollo Sostenible), que establecen como reto la educación de calidad. En tanto a la lectura, permite el desarrollo de habilidades lingüísticas, cognitivas y de pensamiento crítico, fundamentales en el ámbito formativo.

En este contexto, Prensa Escuela se convierte en un aliado que permite tejer relacionamientos, estrategias y acciones, en busca del desarrollo de una capacidad crítica y observadora. Así lo declaran sus propósitos y se evidencia en los procesos de lectura y escritura permeados por la responsabilidad, la comprensión de la realidad y el criterio académico.

La Universidad de San Buenaventura participa, con su Facultad de Educación, en este ejercicio de posibilitar en la ciudad espacios para el encuentro con las letras y la creación. Gracias a ello se fortalecen los programas de formación docente, así como el espíritu investigativo de los estudiantes, que luego desarrollarán su labor como maestros de las actuales y futuras generaciones.

Es así como el impacto de este programa trasciende las fronteras del tiempo: se sabe dónde comienza su influencia, articulada con instituciones públicas y privadas, pero no dónde termina esta. Proyectos como Prensa Escuela, que impregnan el espíritu de Medellín, apuntan a construir unas habilidades de comprensión de textos que facilitan derribar el muro que aleja a muchas generaciones, y construye puentes para promover una lectura con criterio.

Seguir escribiendo con voz propia

Coordinadores Prensa Escuela

“El peor mal que puede acometer a un ser humano es haber perdido el asombro ante el pasado”. Esta frase que escribió Francisco Javier Viloria Molina un estudiante del grado noveno del Colegio VID y que participó en este 2025 en Prensa Escuela, nos interpela profundamente porque este año, en medio de todas las discusiones que se han dado sobre el uso de Inteligencia Artificial en el ámbito educativo, nos preocupaba que los textos que se producen en el marco de El Taller dejaran de ser esa voz genuina que caracteriza a los jóvenes y empezara a ser un producto empaquetado que sale al por mayor producido por una máquina y que pierde toda la autenticidad, singularidad y fuerza que tienen las historias que los mismos participantes tienen para contar.

Entonces, la frase de Francisco es potente porque muestra toda la potencia del asombro y, sobre todo, cuando este se convierte en observación y escucha que, a su vez, se trasladan a la escritura. Una escritura auténtica que confronta, reta y exige a quien se acerque a ella a mejorar sus capacidades. Cada texto es una búsqueda, una huella del aprendizaje que no se puede reemplazar con la “perfección” técnica.

Cuando leemos los textos escritos por los jóvenes, acompañados por los talleristas, reconocemos allí una labor pedagógica muy importante, pues ahí se construye un espacio para la reflexión sobre lo humano y la continuidad de la belleza, es decir, poder reconocer lo significativo que por milenios nuestra especie se haya esforzado en un sistema de grafemas capaces de darle paso a la escritura, como acto creativo y forma de pensamiento.

En medio de esta reflexión, recordamos a la película de Darren Aronofsky, *The Whale* (2022) y a Charlie, su protagonista, un profesor que da clases virtuales a estudiantes universitarios e insistía en decirles: ¡Sean auténticos! Nos resulta más loable que un estudiante construya una frase torpemente pero que habla con voz propia a aquel que hace un texto perfecto pero vacío. Por eso, la apuesta en Prensa Escuela ha sido propiciar procesos de descubrimiento que puedan conectar a los participantes con el deseo de aprender, con la experiencia y con la importancia de que sea su voz la que le dé vida a historias de su entorno. Nos conmueve ser



De izquierda a derecha: José Mario Cano Sampietro, Carolina Campuzano Baena, Maricela Moreno Oviedo.

testigos de los relatos genuinos que aparecen en esta edición, narraciones que nos tocan y nos revelan nuevas formas de mirar el mundo, con las que comprendemos la complejidad de la experiencia humana.

No se trata de declarar una batalla contra la tecnología, sino de volver a elogiar la dificultad, como lo propuso Estanislao Zuleta, para desear “una relación humana inquietante, compleja y perdible, que estimule

nuestra capacidad de luchar y nos obligue a cambiar”. Esto último es fundamental, pues las historias que aquí se encuentran nos confrontan también como humanos. Las historias de estos jóvenes muestran también la potencia de una voz que se atreve a decir, que se asombra y que descubre la posibilidad transformadora que hay en las palabras. Que la escritura auténtica siga siendo nuestro horizonte.

Clonk-Clank: pedaleando en lo más profundo del universo

Vanesa Ibarra Toro | Facultad de Educación | Universidad de San Buenaventura

Entre los álbumes y fotos sueltas del archivo fotográfico familiar de Edgar, hay imágenes de todo tipo: cacerías, paseos, fiestas, los momentos más íntimos de la vida familiar. Rostros de amigos, conocidos, familiares, políticos; rostros que el tiempo fue borrando; personas que ya no están, y personas de las que no se supo qué fue. Entre tantas fotos hay unas de un niño flacucho, desgarrado, orejón, de cabello crespo bien cuidado, montado en una bicicleta roja con rueditas atrás. Ese niño, con el tiempo, dejaría las ruedas de apoyo y vestiría uniformes de ciclismo profesional.

En 1985, a sus trece años, igual de flaco pero más alto, Edgar esperaba a su padre, quien se apareció de la nada en su casa con una bicicleta y un uniforme. Así empezó todo. Ese día se fueron por la autopista hacia Barbosa con un primo que prestó una bicicleta. En la noche, Edgar se fue a dormir arrullado por ese chasquido que se arrastra cuando el pedal descansa. *Trrrr, Trrrr, Trrrr*. Sentía la brisa pese a estar arropado. *Trrrr, Trrrr, Trrrr*. Sonreía sobre el rastro de las risas del paseo. Le quedó sonando la cosa. *Trrrr, Trrrr, Trrrr*.

Después vinieron las salidas al polideportivo, y como su padre lo veía tan entusiasmado, lo metió a la Escuela de Ciclismo de Antioquia. Allí conoció a sus hermanos de ruta: el Mico, a Coca Cola, el Payaso, Edison y Fernando, sus compañeros de caídas, victorias y derrotas. Cuando el entrenador, Hernán —más conocido como Pereque—, le puso el uniforme en las manos, estas le temblaban. No lo creía: pantaloneta negra, camisa blanca con verde y, en letras negras, Escuela de Ciclismo Antioquia. Había noches en que dormía con la camisa puesta. Se fue ganando su apodo poco a poco: “La Escuela”, le decían, ya que nunca se quitaba el uniforme. Lo lavaba con sus propias manos con sumo cuidado. ¿Con cuánto amor y ternura un niño de trece años puede restregar una camisa? Detrás de ese nombre se vinieron muchas historias. Esta es una de ellas.

Torneo de Trepadores, Alto de San Félix. Por allá en la década de los ochenta.

Vas tranquilo. Es la última etapa. Mantienes el ritmo, llevas una buena respiración. Tus compañeros están cerca. En una de las etapas te pegaste a la rueda de Oliverio Rincón, y todavía no te la crees. Este es el último alto del torneo: ya superaste Matasanos, Palmas, la Sierra y Minas. Tienes muchos puntos, los suficientes para quedar campeón, pero no te confías. Estás contento. Durante este torneo escalaste entre el frío y el calor. Hoy el clima es tu aliado: un frío que despierta, que te mantiene vivo. Eres un escalador. Dominas la montaña.

En el ciclismo hay días de días, y hoy es tu día. Recuerdas cuando subiste el alto de Matasanos en la primera etapa con la bicicleta pesadísima de Fernando. Qué error. Tus rivales te metieron un pique y sacaron ventaja; pero los alcanzaste. Después, en Barbosa, te vomitaste, te dio un babeado. Y aún así, seguiste; tu equipo no te abandonó. Cada kilómetro dolía, pero el cuerpo entendió la montaña, la respiró, la domó. Cogiste ritmo y aquí estás, a punto de quedar campeón. Es que eres un escalador, el mejor.

A sus diecisiete años, Edgar y Fernando regresaban de entrenar en Caldas rumbo a Bello. Iban riendo, cansados, con el cuerpo molido por el esfuerzo. La situación en casa era difícil. En la plancha de la casa tenían un fogón de leña; su madre le empacaba arroz con remolacha y, cuando había, carne molida. Esa vez le había tocado un poco, un premio pequeño que le ayudó a sobrellevar que la aguapanela, fiel compañera, ese día se le había vinagrado. De eso se reían mientras pedaleaban de regreso.

Edgar iba contento: había subido de categoría, ahora hacía parte de la Liga de Ciclismo de Antioquia. Se abrían los cupos para hacer parte de la Vuelta Juventud en Boyacá y la Vuelta Porvenir en Antioquia, las carreras que lanzaban a los jóvenes al estrellato. Estaba en su mejor momento, incluso había corrido junto al mismo Marlon Pérez.

Texto destacado

Escribir es trazar un camino de sentidos para que otros los puedan transitar. Los trayectos que abren tus palabras, tienen la fuerza y magia de quien abraza en su vida el don de la escritura. Que las palabras te sigan habitando y que otros tengan la fortuna de leerle.



Por aquel entonces los clubes más importantes eran los de Itagüí y Envigado. Se decía que cuando el dueño del club de Itagüí se acercaba a hablar con un ciclista era porque lo iba a contratar, era un paso al profesionalismo. Mientras pedaleaba con Fernando, y pensando entre aquello y lo otro, en su mente seguía dando vueltas la escena de hacía unos días: el dueño del club de Itagüí se le había acercado antes de una carrera, le había puesto la mano en el manubrio y le había dicho: “Siga así, mijito, que va muy bien”. Lo dejó en un solo tembleque. En ese segundo recordó todo: a sus padres, todas las carreras que había ganado, todas las que había perdido por cosas de la vida, los trofeos que tuvo que cambiar por repuestos para la bicicleta, todo, todo. Le fue terrible en esa carrera, pero no importaba. Estaba en la mira de los grandes, y eso bastaba. *Trrr, Trrr, Trrr*.

Siguieron pedaleando hacia Bello. Los rivales te atacan. Dignos contrincantes. Los mejores clubes están ahí. A tu izquierda pasa Oscar de Jesús Vargas. A tu derecha pasa Carlos Mario Jaramillo. Los demás intentan marcar el ritmo, pero no les sueltas la rueda trasera. Si te cansas, piensas en tu familia: en tu mamá, que debe estar mirando el estante donde pondrá el trofeo; en tu papá, que cargado de ternura, te espera orgulloso. El cansancio se va con lo que toca el alma, con lo que empuja el corazón.

Entraron a Bello. El sol hacía brillar los rines. La tarde tenía olor a brea caliente. En el semáforo de Cotrafa, la vida, como la cadena de una bicicleta, se torció. Un instante antes, Edgar pensaba en todo lo que vendría: la Vuelta Juventud, la Vuelta Porvenir, los clubes, los sueños. En el siguiente, el mundo se llenó de ruido y sombra.

El conductor de una tractomula se saltó el semáforo. No lo vio, se lo llevó con las ruedas de adelante. Edgar intentaba agarrarse de algo mientras caía. La tractomula seguía avanzando y él cayó debajo del carro mientras veía avanzar las llantas traseras hacia él. *Me maté*. La mano salvadora de Fernando lo sacó de debajo del carro, no se sabe si lo agarró del cabello o de una de sus orejas —quizá lo agarró del alma que se le desprendió por un momento—, no se sabe cómo, pero su mano llegó a él. Sin embargo, no pudo sacarlo del todo. Edgar perdió varias carreras por culpa de las correas de los pedales: estas siempre se le soltaban en el peor momento y le hacían perder el control, de todas las veces que se pudo soltar la correa, esta vez no lo hizo. No pudo soltarse de la bicicleta. La tractomula se llevó la bicicleta con las ruedas de atrás, los rines y llanta se doblaron sobre su pierna izquierda.

Entre gritos de la multitud el hombre de la tractomula huyó. Unos trabajadores de EPM hicieron una camilla con tablas y lo llevaron cargado hasta la Clínica de Fracturas de Bello. Llegó cubierto de cemento y sangre. El silencio que vino después no fue de dolor, sino de certeza. Edgar no gritó. Solo lloró. Sabía que todo había terminado.

Eres un ciclista rotador. La montaña se alza a cada pedaleo. Plato pequeño, piñón grande. Clonk-Clank. Las piernas te arden. El aire es delgado. Empieza la bajada, metes los cambios. Plato grande, piñón pequeño. Clonk-Clank. La velocidad te sacude el cuerpo. Los brazos tensos, la mirada fija. Sientes el pulso en las sienes. Te despegas del grupo. Clonk-Clank El viento es tu enemigo y tu aliado. El pecho se te infla, la respiración se entrecorta. Estás contento. La meta se asoma. Clonk-Clank. El último embalaje. Te paras en los pedales. Esperas que la correa del pedal no se vaya a soltar. Clonk-Clank.

Lo perdió todo.
Lo ganaste todo.

Edgar tiene ahora 53 años, es mensajero, y cuando era pequeña me enseñó a andar en bicicleta. Es mi padre, y no ganó ningún *Tour de France*, pero me prepara el almuerzo. Cuando tenía 17 años tuvo fractura de tibia y peroné, para un ciclista es fácil recomponerse de eso, pero no de una rotura total de ligamento de rodilla. A lo largo de los años veía cómo a veces se le salía la rodilla mientras hacía algo tan simple como caminar de la cocina a la habitación; se retorcía de dolor, pero él solito la volvía a poner en su lugar. Hace 10 años por fin se operó la rodilla izquierda, ya no se le sale. Actualmente tiene una bicicleta verde, de esas que EPM donó a la ciudadanía, le decimos la Búfalo y hace los mandados en ella.

Papá ganó muchas carreras en su juventud, era un excelente ciclista de ruta y un gran pistero. Salí en periódicos como El Colombiano y El Mundo. Cada que me habla de sus años como ciclista se le ilumina el rostro, su sonrisa se ensancha y necesita el espacio de toda la habitación para dramatizar. *Trrrr, Trrrr, Trrrr*. Vemos las carreras juntos, a veces llora. Vamos juntos al centro comercial a ver bicicletas; a él le gustan las gravel y a mí las de ruta. Luego vemos los precios, nos miramos y reímos. Imaginamos que podemos comprar todas las bicicletas del mundo.

—Hija, son historias que se desvanecen y se quedan en lo más profundo del universo.

A Edgar le tocó meter el cambio y seguir pedaleando.

Vivir sin límites: una discapacidad que capacita

Melany Bedoya Montoya | Facultad de Educación y Pedagogía | Universidad Pontificia Bolivariana

Desde que tengo uso de razón he visto a mis tíos, Marce y Diego, como la razón para siempre ver el mundo con otros ojos; nada es imposible y todo merece la pena ser luchado. Ellos inspiran con lo que son, y sorprenden al mundo con lo que logran. Los médicos no les tenían fe, pero ellos demostraron que una discapacidad, solamente capacita a vivir la vida de otro modo, que, si hay una barrera frente a ti, lo único que debes hacer es darte la vuelta y ver el panorama diferente que espera por ti, sin límites.

Mi tío Diego nació el 19 de abril de 1983, en la ciudad de Bogotá, con 7 meses de gestación que cambiaron su vida para siempre. Mi abuela, Lucelly, durante la etapa de su embarazo tuvo una infección de rubéola, tan fuerte como un tornado que se lleva todo a su paso, el cual afectó no solamente su salud, sino también la de su bebé. Al momento del nacimiento todo parecía normal: se veía como un bebé sano y salvo, que nada podría afectarlo y estaba listo para aventurarse en este viaje llamado vida.

Sin embargo, no todo fue así. Al cabo de unos meses mi abuela tuvo que volver a su ciudad natal, Armenia. Allí, ella fue descubriendo que el niño no respondía ni a su voz, ni a ningún sonido; era algo impresionante, algo de lo cual no entendía nada. Decidió llevarlo al médico. Al revisarlo, se dieron cuenta que era más grave de lo que parecía, que no podían atenderlo en esa ciudad y debían buscar una solución rápida.

Es así como mi abuela llega a Medellín, una ciudad llena de montañas, que, aunque no dejan ver el horizonte, tiene un paisaje hermoso por explorar; mi tío Diego sería la razón de mostrar una vida diferente y cambiar el panorama de todas las personas a su alrededor.

Los efectos secundarios de la rubéola, que tuvo mi abuela durante su embarazo, afectaron tanto a Diego, que le tuvieron que hacer una cirugía, en la cual perdió uno de sus ojos de forma inmediata, debido a una rara enfermedad llamada Glaucoma Congénito. Este padecimiento afecta a los recién nacidos, y es causado por un problema en el desarrollo del sistema de drenaje del ojo antes del nacimiento. Esto ha hecho que su vida sea como caminar con el viento en contra, donde cada paso cuesta un poco más. Pero, a su vez, han fortalecido el alma de los que se ha encontrado en el camino.

La historia clínica actual, a sus 42 años, menciona que padece rubéola congénita con secuelas de retardo mental. Trastorno de juicio, raciocinio y área del pensamiento. No sabe leer, no sabe escribir, no reconoce el dinero. Tuvo pérdida de visión por su único ojo funcional desde los 15 años. Invidente total. Sordera total. Caminó hasta los 5 años. Nunca gateó. No hay desarrollo del lenguaje. Desorientado en tiempo, espacio y lugar.

A pesar de su condición, mi tío Diego aprendió a hacer las actividades básicas cotidianas: se baña solo, busca su ropa, se viste y come solo sin ayuda; le colabora a mi abuela abotonando las prendas de su taller de confección, sin equivocarse; tiende su cama, arregla la cocina y guarda su ropa en el lugar correcto. Es una persona completamente independiente. Todos los días, le demuestra al sistema de salud, que sus limitaciones visuales y auditivas lo han llevado a desarrollar un sistema de orientación excepcional, un talento para ubicarse en cada lugar al que va.

Si llega a un lugar nuevo, lo que hace es lo que yo denominó: una auto búsqueda. Va por cada rincón del espacio con mucho cuidado, va lento y audaz; sigiloso y precavido; atento y curioso con cada cosa que siente. Los sentidos del tacto y olfato son sus superpoderes, con ellos logra ubicarse y crear un mundo propio para darle sentido a su existencia. Y, aunque no llegó a ver a todos los miembros de su familia, reconoce a cada uno de ellos, desde su sobrino más pequeño hasta el más grande, pues se sienta tranquilo cuando está con ellos, transmitiendo una calma profunda.

A mi tío Diego le encanta la cerveza, el mecateo y salir a pasear. Vive con los ojos cerrados, pero con el corazón abierto a un mundo donde las posibilidades para él son limitadas, aunque los límites no existen en su mente, ya que siempre está dispuesto a levantarse cada día a continuar con su existencia transformadora de vidas.

Unos años después del nacimiento de Diego, el 7 de enero de 1988, nació mi tía Marce. Esta vez, mi abuela supo desde el primer segundo que sería una niña muy especial. Los médicos la diagnosticaron con el síndrome Cornelia de Lange (SCdL), el cual trata de un trastorno genético poco común que causa problemas en el desarrollo físico, intelectual y conductual. Se estima que nace alrededor de 1 entre 10.000 a 30.000. Es un trastorno tan raro como ver crecer una flor entre las grietas. Nadie la espera, pero todos la admiran.

Mi tía no habla mucho, pero escucha y ve todo con claridad. Caminó a los 2 años. Tiene cejas arqueadas, pestañas largas, una nariz pequeña y una boca con comisura hacia abajo. Sus manos, brazos y dedos son como los pinceles finos de los artistas: pequeños, pero capaces de crear y transmitir cosas maravillosas. Tiene un retraso en el crecimiento y su estatura es como la de una niña de 10 años. Parece congelada en el tiempo, es una niña eterna, así me gusta llamarla.

Tampoco sabe leer ni escribir, pero reconoce patrones; le gusta hacer planos de círculos y líneas en cada cuaderno que utiliza. Suele estar muy tranquila y siempre recibe a todas las personas con una sonrisa. Ayuda tanto con los oficios en la casa como con el trabajo de su mamá. Siempre está atenta a las indicaciones de lo que tiene que hacer, y lo hace de maravilla.

Solamente hay dos momentos en los que no la verás feliz: si tiene que ir al doctor, o si le coges alguna de sus cosas personales sin su

Se ha logrado crear un entorno de crecimiento recíproco, en el que la discapacidad me ha capacitado a entender su mundo.

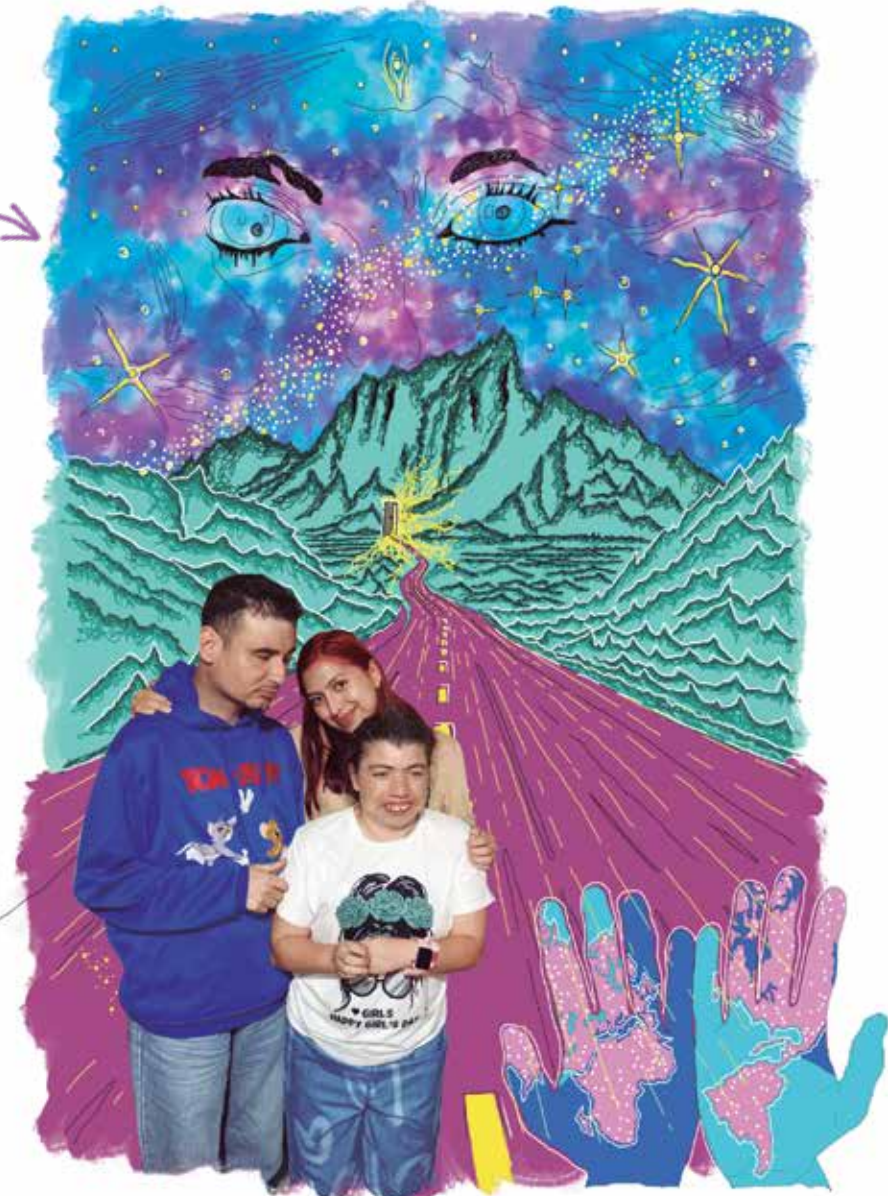


Ilustración: Estefanía Montoya

consentimiento. Toda su vida le ha tenido pánico al médico, lo que ha hecho muy difícil las revisiones de rutina. Para ella, sus cosas personales son tan sagradas, que si alguien las utiliza sin su permiso sus emociones van hasta el cielo y caen con tanta fuerza como para acabar contigo.

Entre sus gustos más destacados se encuentran las telenovelas de drama. Sus favoritas son: *Betty la fea*, *Padres e Hijos* y *Teresa*. Puede pasar horas y horas entretenida viendo sus telenovelas. Se ríe con los personajes, baila con los personajes y actúa como los personajes. Aunque es un mundo ficticio, para Marce es la vida real, y a pesar de no poderlo notar, su presencia transmite tantas cosas bonitas como los personajes de las novelas le transmiten a ella.

Mis tíos crecieron en un entorno en el que no existía una barrera que los diferenciaba a ellos del resto. Mi abuela y sus otros hermanos los han tratado siempre con normalidad. Mi tío Diego no escucha, pero le hablan como si lo hiciera. Mi tía Marce no habla, pero siempre le han comunicado todo de forma clara. Ambos desarrollaron capacidades como cualquier otra persona del común, porque su familia nunca los limitó, al contrario, siempre han luchado para que se superen y se desenvuelvan con facilidad en su cotidianidad.

Cada uno me ha enseñado que incluso en los momentos donde todo se ve oscuro, siempre se encuentra una alternativa. Para mí crecer junto a ellos ha sido un puente de enseñanza constante, en el que mi individualidad queda a un lado, y siempre se prioriza su bienestar. Algo muy importante, que me enseñaron desde que soy una niña, es que ellos no se tienen que adaptar a nosotros, nosotros nos tenemos que adaptar a ellos. De esta manera, se ha logrado crear un entorno de crecimiento recíproco, en el que la discapacidad me ha capacitado a entender su mundo, adentrarme, quererlos y ver que las posibilidades empiezan desde la transformación de las diferencias en empatía, sensibilidad y unión.

Marce y Diego me mostraron que el mundo de la inclusión no empieza en las leyes ni en las instituciones, sino en la sensibilidad humana, en el amor de una familia. Aunque ellos nacieron diferentes, eso no significa que deba haber una diferencia. Ambos vinieron al mundo con el propósito de transformar su entorno y a las personas que hay en él. La discapacidad es una puerta que se puede abrir para encontrar caminos nuevos, no es un muro con el cual chocarse y no poder ver a ningún lado. Si se hace una reflexión con empatía y respeto se puede crear una sociedad donde la discapacidad capacite a las personas a buscar siempre el bien común de todos, sin límites.

nosotros nos tenemos que adaptar a ellos. De esta manera, se ha logrado crear un entorno de crecimiento recíproco, en el que la discapacidad me ha capacitado a entender su mundo, adentrarme, quererlos y ver que las posibilidades empiezan desde la transformación de las diferencias en empatía, sensibilidad y unión.

Marce y Diego me mostraron que el mundo de la inclusión no empieza en las leyes ni en las instituciones, sino en la sensibilidad humana, en el amor de una familia. Aunque ellos nacieron diferentes, eso no significa que deba haber una diferencia. Ambos vinieron al mundo con el propósito de transformar su entorno y a las personas que hay en él. La discapacidad es una puerta que se puede abrir para encontrar caminos nuevos, no es un muro con el cual chocarse y no poder ver a ningún lado. Si se hace una reflexión con empatía y respeto se puede crear una sociedad donde la discapacidad capacite a las personas a buscar siempre el bien común de todos, sin límites.

Si las paredes hablaran, yo podría escucharlas

Valeria Hernández Martínez | Facultad de Comunicación Social-Periodismo | Universidad Pontificia Bolivariana

Desde que tengo memoria, me cuesta mantenerme en silencio por periodos de tiempo prolongados: disfruto hablar conmigo, con quienes están dispuestos a charlar de vuelta y con quienes no tanto. Creciendo, era el tipo de persona que regresaba a casa con llamados de atención en las libretas escolares que advertían sobre mi necesidad de hablar en clase, o a quien sus familiares calificarían como alguien que “habla hasta por los codos”.

En los últimos años, he abrazado con fervor la faceta periodística de mis estudios que me permite hablar con el mundo que me rodea. Es por eso que hoy, me embarco hacia un lugar fuera de lo rutinario, cuya voz comienza a llamarme entre susurros que se camuflan entre el cambio de color del paisaje de uno verde montaña, a uno naranja ladrillo. Bello no es un lugar que frecuente. Me avergüenza un poco decir que me ganan los prejuicios, llegando a considerarlo peligroso. El frío de afuera empaña un poco los vidrios mientras esperamos a que el Centro Penitenciario Bellavista nos abra sus puertas.

Debido a los protocolos de seguridad rígidos del recinto, permanecemos un par de minutos que se sienten eternos esperando a ser ingresados. Trato de abrazarme a mí misma para mitigar el frío del exterior... ¿podría ser mi nerviosismo el que me hace tiritar? Junto a nosotros, se estaciona un bus de gran tamaño: de él, descienden alrededor de 20 hombres, todos con las muñecas atadas entre sí mediante esposas de metal. Aquel que lidera la fila no lleva camisa y chasquea sus dientes violentamente. Pensé que sería a causa del frío, hasta que sus ojos, cristalizados por lágrimas, se cruzan con los míos por contados segundos. Sus nervios, definitivamente, no son iguales a los míos; a diferencia suya, yo sé que saldré de este lugar en unas horas. Me siento culpable. Me percaté que, extrañamente, llevo muchas horas en silencio.

Sepúlveda es un dragoneante que ha sido camarada del centro universitario Hoyos durante un largo tiempo. Nos acompañará durante el recorrido y espera junto a nosotros nuestro turno de ingresar a los filtros de seguridad carcelaria. Le pregunta al docente si, en su gran intelecto, considera que es buena decisión volverse a abonar al Atlético Nacional, ya que extraña volver al estadio. Hoyos replica diciendo que a él “sólo le gusta el ciclismo”.

La requisita no es tan intimidante como me lo hizo creer mi madre, aterrada, cuando le dije que pasaría un día en uno de los centros penitenciarios más importantes de la ciudad. Un perro me olfatea, toman mis datos en un libro que aparenta tener más edad que yo y me dejan ingresar. Nuevamente trato de resguardarme tras la sombra de Hoyos y Sepúlveda, quienes me preguntan si tengo miedo. Miento, digo que no.

La cultura pop del cine o la literatura me había inculcado la imagen opaca, deprimente y de desasosiego que producen las prisiones. Sin embargo, para mí gran sorpresa, el sol parece acariciar con una mano delicada el patio por el que ingreso. Los internos se acumulan alrededor de pequeñas radios portátiles para escuchar las noticias, algunos hacen ejercicio en un gimnasio abierto, otros barren los pasillos del lugar mientras que conversan con dragoneantes. Ante mí, se iza una pared blanca con una diadema de púas, adornada por un mural repleto de color, justo en el centro: “Los sueños son libres”.

—Buenos días —Hoyos saluda a algunos de los reclusos.

—¡Profe, no sabía que venía hoy! No puede ser, ¡me voy a perder su clase! —exclama un joven, conternado.

Hoyos lo tranquiliza, reafirmando que regresará la siguiente semana.

¿Clases en un centro penitenciario? Como amante al conocimiento, son dos términos que nunca hubiera

pensado irían juntos: ¡Qué fortuna, la mía, de desconocer tanto sobre las prisiones hasta este día! Gracias a un convenio entre la Universidad Pontificia Bolivariana y Bellavista, se ofrecen cursos de alfabetización digital y audiovisual a personas privadas de la libertad. Se espera que este convenio trascienda a una magnitud interdisciplinar, permitiéndoles obtener diplomas y acreditaciones que faciliten su ingreso a la sociedad una vez completados sus condenas. Hoy, acompaño a Hoyos, el docente encargado de coordinar estos espacios, con el fin de redactar un artículo para el periódico universitario del cual hago parte.

Contar al mundo una realidad con la cual nunca estuve familiarizada hasta hoy, se siente como una gran tarea. Adicionalmente, me siento como una periodista al desnudo: sin libreta para tomar apuntes, sin teléfono o cámara para registrar el entorno, sin grabadora ni micrófonos para capturar audio... únicamente confiando en la capacidad de retención y memoria de mi “poderosa” mente.

Para mi sorpresa, hay internos cuidando gatos, pintando el paisaje —lo que se divide de ello por sobre los muros de concreto— y aseando estanques de peces. No es el lugar lúgubre con el que esperaba encontrarme, se trata de todo lo contrario. El peso invisible que cargaba entre mis hombros se alivia con el aroma de café, óleo y paredes calientes por el sol.

El espacio destinado al Centro de Producción Audiovisual de Bellavista (CEPAV) es un salón mediano, en el que caben —con esfuerzo, claro está— unas 20 personas. Cuenta con equipos de computadores, cámaras, luces y demás, todos donados por mi universidad gracias al convenio. Junto a él, una pequeña recámara alberga la primera emisora transmitida desde un centro penitenciario en el país, la Radio Penitenciaria de Colombia (RPC). En ella ingresa Sepúlveda, quien se une a dos reclusos para los anuncios vespertinos a sus oyentes de todo el país.

No es la primera vez que soy la más joven en un aula de clase, pero esta vez, se siente diferente. Los hombres que hace un momento estaban en la cabina radial se acercan a nosotros, saludándonos efusivamente. Un hombre con abundante cabellera rizada se presenta como uno de los locutores principales de la RPC. Regreso el saludo, cortésmente.

—Señorita, ¿no le gustaría concedernos una entrevista en la radio? Es muy bueno tener voces nuevas, y más aún, femeninas. Al profe ya lo hemos entrevistado varias veces —dice el hombre, amablemente.

Hoyos y yo cruzamos miradas. Su boca no articula nada, pero sus ojos dicen “sólo si lo quieres”.

—No hay problema, sería un gusto —digo, antes de poderlo pensar siquiera.

Sepúlveda y los otros dos privados de la libertad me muestran el espacio. Está bien equipado, con micrófonos y ordenadores acompañados de sillas que normalmente usarían quienes se dedican a jugar videojuegos —son realmente cómodas, si se pasa todo el día sentado—. Hay un par de plantas y, para mi sorpresa, una gata que duerme cómodamente, escondida tras un escritorio.

—Te preguntaremos un par de cosas sobre tus estudios, tu visita y el convenio universitario con el centro penitenciario. ¿Sabías que también soy periodista? —dice el hombre, mientras me indica mi asiento y me muestra en su computadora algunas fotos de su antiguo trabajo.

Como tengo la costumbre de hablar demasiado, trato, con el mayor de los esfuerzos, no hacerlo de más, buscando no tocar fibras sensibles de una población con la que nunca he sido parte. Sonríe, mucho. Extrañamente, no es una sonrisa completamente falsa. Después de todo, estoy a punto de hacer lo que más amo: hablar.

—¡Al aire en tres, dos...!

El hombre con larga cabellera rizada reluce mientras presenta la programación y emisión del día. Lo acompaña Sepúlveda, quien da saludos cordiales a los espectadores y lee con atención sus comentarios. Estoy completamente disociada: ¡Dios mío, estoy en la radio por primera vez en mi vida! ¿Qué pasa si digo un comentario inapropiado?, ¿si no sé responder bien a las preguntas técnicas sobre el convenio entre ambas instituciones? No sé si estoy preparada para esto, después de todo, yo simplemente soy una...

—... Estudiante de comunicación social y periodista de la Universidad Pontificia Bolivariana, quien nos acompaña...

¡Santo cielo, es mi señal!

—Muy buenos días, para todas y todos. —“¿Es este el tono más profesional que logro impostar?”, me pregunto para mis adentros.

Los dos hombres comienzan a preguntarme sobre mi elección para formarme como comunicadora y periodista, al igual que un par de aclaraciones sobre el convenio entre instituciones. Nunca me había sentido tan consiente de mis propias palabras hasta el día de hoy, a pesar de tratarse de temas que domino y que son de mi agrado.

—¿Algunas palabras que desees enviar a todas las mujeres privadas de la libertad que nos escuchan ahora mismo? Debe ser una gran motivación para ellas oír una voz femenina en estos espacios.

No sé muy bien qué decir, mucho menos cómo decirlo. Los ojos curiosos se posan sobre mí, pero, sobre todo, me percaté de que realmente prestan atención a lo que tengo por decir, detallando mis palabras y acciones para complementar sus preguntas. Estoy hablando, como de costumbre, esta vez, ante oídos atentos dispuestos a escuchar.

—La vida es mucho más de aquello que nos hacen creer que somos. Nada es para siempre, yo...

No recuerdo muy bien lo que dije después. Sepúlveda y el hombre de cabellera rizada me complementan antes de cumplir la petición musical de un oyente para dar paso a un segmento sin locutores. Cuando me preguntan cómo me sentí, confieso a ambos hombres que se trata de mi primera vez en la radio. No pueden contener su entusiasmo y me veo envuelta entre el burbujeante abrazo de dos personas a quienes, en otro contexto, hubiese visto a través de los lentes del estigma.

Definitivamente, esto es lo que deseo hacer el resto de mis días. Quiero hablar y transmitirle al mundo aquellos temas que me apasionan, que me producen libertad —incluso tras las rejas—, quiero escuchar aquellas vivencias y realidades para transmitir las a un mundo reacio a oír las.

¿Qué es un periodista, sino, aquel que transmite historias y hechos que escucha de otros? No sólo a los demás, debo escucharme a mí misma primero, pues es el principal pilar para saber hacer silencio y dejar que los demás me hablen.

No sé ni qué hora es cuando Hoyos y yo nos despedimos de los reclusos, quienes anuncian al docente que esperarán de forma efusiva su regreso la siguiente semana.

—¿Cómo te fue? —me pregunta el docente.

Creo que no respondí con más que una febril sonrisa, porque había comprendido que, a pesar de mi ansia, no toda situación requiere de palabras. La escucha es todo un arte, hoy me lo han demostrado privados de la libertad y una audiencia radial que reafirma mi amor por las palabras propias y de los demás. Pienso que soy realmente bendecida al poder sentirme agotada conociendo realidades que me rodean, de hacer que las palabras que se emiten entre las paredes de un centro penitenciario no se queden adentro: para hablar, también debo escuchar.

Hablar es algo que considero gran parte de quien soy, porque siempre he deseado sentirme escuchada de la forma en que Bellavista lo hizo.



El líder de la cháchara: puritita atituu



Susana Arcila Jiménez | Comunicación Social-Periodismo | Universidad Pontificia Bolivariana

La primera vez que vi a Sebastián Giraldo Jiménez, el líder de comunicaciones de la Casa de Carlota, estaba llegando de copiloto en un auto sorprendido por mi visita, pero también lo vi frente a su grupo de compañeros, atento al movimiento de cada quien. Tenía esa energía que no se puede contener del todo, una especie de impulso que vibra antes de hablar. Observaba, hacía gestos, lanzaba una risa repentina que desarmaba la seriedad de la tarde. En la Casa de Carlota el trabajo no empieza con órdenes, sino con saludos, con bromas, con abrazos que parecen parte del método creativo.

Sebas se mueve entre ellos con naturalidad, como si las ideas se dijeran mejor bailando que escribiendo. Hay algo en su presencia que organiza el espacio, que afloja los nervios de los demás. Habla, comenta, se ríe; a veces parece estar en todos los lugares al mismo tiempo. En ese primer día, lo vi presentar un taller para un cliente del sector farmacéutico, en la sede de Medellín. Su papel no era el de quien dirige con jerarquía, sino el de quien guía con cercanía: el que rompe el hielo, el que sabe cuándo el silencio pesa y hace falta una broma para que vuelva el aire: “Si sabe dibujar, muy bueno, si no, no tengo problema. En Carlota no juzgamos”, decía a su público.

Las jornadas en Casa de Carlota, un estudio de creatividad, diseño y experiencias de inspiración desde la neurodiversidad, son una suma de voces y colores, algunas neurotípicas y otras divergentes. Como Sebas, algunos creativos tienen ese cromosoma de más, son comediantes innatos y como dicen algunas de sus jefas: “son de los que más *bullying* hacen” y, hay otro que tiene una mente brillante: que piensa distinto, poseedor de aficiones marcadas y apasionadas. Cada integrante aporta su manera distinta de pensar y sentir. El lugar es un laboratorio de creatividad y neuro divergencia donde el desorden se parece al arte. A ratos parece que todo gira a su ritmo: si Sebas se entusiasma, el grupo se acelera; si él se detiene, los demás también miran hacia donde mira y eso ocurre con los clientes y con su equipo de trabajo, tod@s parecen estar pendientes de él.

El segundo día lo encontré de nuevo, esta vez en la sede principal de la Casa de Carlota, ubicada por Exposiciones, en Medellín. Llegué después del mediodía, acompañada de dos de sus compañeros de equipo: Juan David, fotógrafo y baterista, y Jordan, ilustrador con una memoria prodigiosa para los números, los años, los cálculos y las horas. En el trayecto, ellos hablaron con orgullo de su trabajo, de la mezcla entre arte y convivencia que define a la Casa de Carlota, me hablaron de sus parejas románticas, de sus pasatiempos y hasta de sus familias: “Juanda”, el de síndrome de percusión y chirimía es ahora tío y Jordan, el de síndrome de papayas cuadradas, nació en Chile. El equipo creativo no necesita preguntas, puesto que la información se les va desbordando de sus bocas. Cuando por fin llegamos, Sebas fue el primero en abrir la puerta. Su saludo fue un abrazo efusivo, igual que la primera vez: “¡Mi Susi! Cuánto te extrañé, primita”, me dijo.

Adentro, el ambiente tenía la expectación de los días grandes. Iban a recibir a un nuevo cliente. Sebas iba y venía, se alistaba el cabello, hacía chistes, y entre risa y risa volteaba de reojo a asegurarse que yo escuchara sus bromas, que viera sus abrazos y que detallara sus gestos, hasta el más mínimo, como abrir su riñonera, aquella que lo acompaña en todas sus jornadas laborales.

Cuando el cliente llegó, buscó una silla, se sentó cerca y empezó la conversación con esa mezcla de espontaneidad y humor que lo caracteriza.

La reunión siguió el formato habitual de los talleres de Carlota: presentaciones, historias, ejercicios de narrativas. Cada creativo compartía su nombre, su edad y los síndromes que lo caracterizan; en Carlota, tod@s tenemos un síndrome, tanto los neurotípicos como los creativos. Una de las jefas de Sebas, por ejemplo, tiene el síndrome de “nómada” en relación a su condición de foránea, pues en su acento es notorio que no es de la ciudad. Cada que Catalina Neira, la jefa de Sebas, se presenta, dice: “Cata y tú di, tu otro síndrome, el que yo te puse”, y Cata se ve obligada a nombrar con orgullo: síndrome de simpática.

Sebas, con la voz de quien está acostumbrado a ser escuchado, contaba sus síndromes uno a uno. Empieza con su síndrome de “príncipe de México”, este es prioritario en su presentación, pasamos a “síndrome de galán”, de “caballero”, de “coqueto” y “aventurero”, ¡sírvalo! como toda una ranchera, ¿no? Porque este creativo lleva a México en su sangre. En su mesa, junto a una de las integrantes de la empresa que recibían ese día, creó una historia, en el taller de narrativas, donde él era un príncipe mexicano que ganaba un carro y lo mantenía siempre brillante.

Durante el receso, ofrecieron tinto y agua. Sebas, fiel a su estilo, bromeó con ofrecer un aguardientico o un tequilita, y las risas llenaron el taller. A él le dicen el líder de la cháchara, y con razón. Su palabra no es ruido, sino ritmo. Una forma de conectar al equipo, de darle calidez a la jornada.

Más tarde, una de sus jefas lo llevó a grabar algunos videos para otro cliente. En las grabaciones, Sebas despliega su carisma natural. Usa la mano para hacer el gesto de “atituu”, una especie de guiño rockero que en la Casa de Carlota significa tener actitud. Ensaya, repite, es serio. Conoce su papel y lo disfruta. Es, en muchos sentidos, la voz y la imagen del taller.

Cuando volvió al grupo, el ambiente seguía cargado de entusiasmo. Faltaba poco para terminar la jornada y Sebas, despeinado, con su mechón claro entre el cabello lacio, animaba a todos: quería que el cliente se sintiera cómodo, que la experiencia terminara bien. Al finalizar, los equipos se abrazaron, intercambiaron regalos y agradecimientos. En Casa de Carlota, ese gesto del abrazo no es una formalidad: es una manera de entender el trabajo como encuentro; en el trabajo somos amigos, así tengamos diferencias.

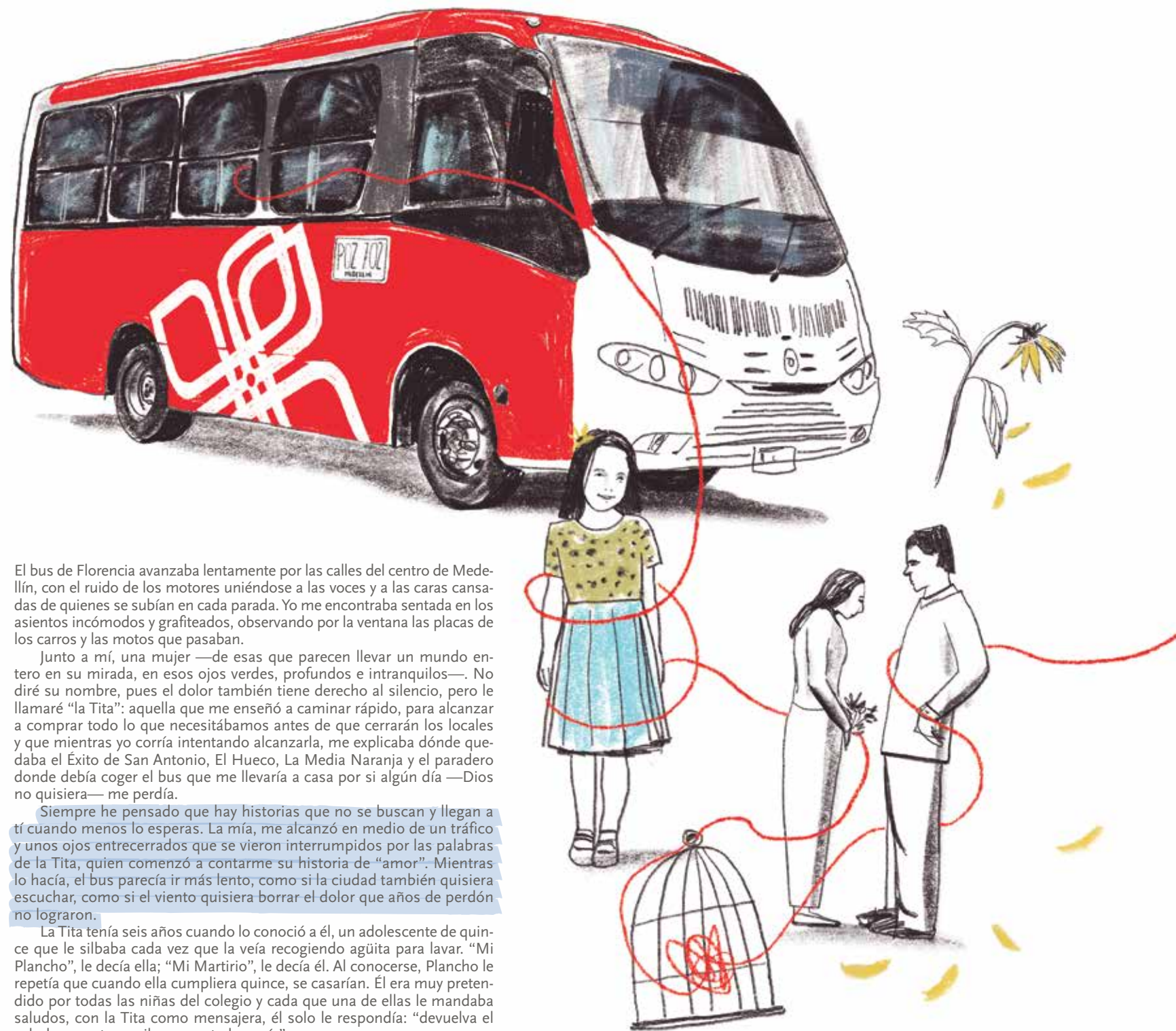
Después de la despedida, el grupo creativo se sentó a materializar lo vivido: a diseñar, dibujar, traducir en trazos lo que horas antes fueron palabras. Sebas, con su energía inagotable, retomó el espacio de trabajo, recordando retazos, imágenes y demás, así como sus demás compañeros. Esa vivacidad me hizo recordar la invitación de Sebas en la visita número uno: “muevan las caderas. Vean, así”, decía mientras lo hacía. En ese instante, pensé que su papel en la Casa de Carlota no era solo el de comunicar hacia afuera, sino el de mantener encendido el pulso interno del lugar.

Sebas es el rostro que no se olvida en Carlota. Tal vez porque su manera de hablar es también una manera de escuchar, o porque en medio de tantas voces, su cháchara tiene algo de brújula: un eco que recuerda que la creatividad, al final, es otra forma de estar juntos. ■

En la Casa de Carlota el trabajo no empieza con órdenes, sino con saludos, con bromas, con abrazos que parecen parte del método creativo.

Cuando el amor olvida amar

Juanita Giraldo Castaño | Colegio VID | Grado noveno
Talleristas: Luisa María Calderón Bedoya y Valeria Hernández Martínez



El bus de Florencia avanzaba lentamente por las calles del centro de Medellín, con el ruido de los motores uniéndose a las voces y a las caras cansadas de quienes se subían en cada parada. Yo me encontraba sentada en los asientos incómodos y grafitados, observando por la ventana las placas de los carros y las motos que pasaban.

Junto a mí, una mujer —de esas que parecen llevar un mundo entero en su mirada, en esos ojos verdes, profundos e intranquitos—. No diré su nombre, pues el dolor también tiene derecho al silencio, pero le llamaré “la Tita”: aquella que me enseñó a caminar rápido, para alcanzar a comprar todo lo que necesitábamos antes de que cerraran los locales y que mientras yo corría intentando alcanzarla, me explicaba dónde quedaba el Éxito de San Antonio, El Hueco, La Media Naranja y el paradero donde debía coger el bus que me llevaría a casa por si algún día —Dios no quisiera— me perdía.

Siempre he pensado que hay historias que no se buscan y llegan a ti cuando menos lo esperas. La mía, me alcanzó en medio de un tráfico y unos ojos entrecerrados que se vieron interrumpidos por las palabras de la Tita, quien comenzó a contarme su historia de “amor”. Mientras lo hacía, el bus parecía ir más lento, como si la ciudad también quisiera escuchar, como si el viento quisiera borrar el dolor que años de perdón no lograron.

La Tita tenía seis años cuando lo conoció a él, un adolescente de quince que le silbaba cada vez que la veía recogiendo agüita para lavar. “Mi Plancho”, le decía ella; “Mi Martirio”, le decía él. Al conocerse, Plancho le repetía que cuando ella cumpliera quince, se casarían. El era muy pretendido por todas las niñas del colegio y cada que una de ellas le mandaba saludos, con la Tita como mensajera, él solo le respondía: “devuelva el saludo, pero tranquila, que usted es mía”.

Ella, todavía siendo una niña, le creyó. Pasaron los años y él siguió su vida con otra mujer, lejos de ella. Cuando volvía a verla, la madre de la Tita lo observaba con profundo disgusto, alcanzando apenas a decir: “Oiga, no me la mire de a mucho”, “sí es muy guapo entre y la desamarras de la cama donde la tengo”; pero la historia insistía en ocurrir.

El la miraba mientras otros hombres la pretendían y de sus labios siempre salía la misma advertencia: “Ojo, que yo estoy cuidando esa niña para mí”.

Un día, Plancho volvió al pueblo tras dejar a su mujer, prescindiendo de los juegos y los silbidos de otros años, apareció con una mirada resuelta y una propuesta contundente: Matrimonio. Exactamente a los 15 años de la Tita, como lo había prometido.

Los días felices se destruyen con la tormenta de la realidad. Antes del gran evento, Plancho vio a la Tita hablando con un amigo en común, este se enfureció y le reclamó con un ceño tan fruncido que casi parecía una espiral que se le iba a tragar. Ella solo atinó a decir:

—Yo todavía no soy su esposa.

Palabras que, horas después, fueron opacadas por la respuesta de Plancho tras salir de la iglesia:

—Ahora sí soy tu esposo y ya te mando.

La Tita se casó a los dieciséis años, de blusita, pantalón y zapatitos sencillos; con maquillaje modesto y vestida de mucha ilusión. Una ilusión que, desde el primer momento se rompió al escuchar las palabras de su nuevo marido al verla maquillarse: “Si quiere los ojos morados, yo se los pongo”.

Ella dice que tenía una venda, que estaba cegada, pues, a pesar de las advertencias de su madre y su padre, un día solo llegó a la casa de su infancia y mintió. Pidió que le echaran la bendición para casarse, pero mentiras, ante la ley, ya era la esposa de Plancho.

—Prefiero verte muerta en un ataúd rodeada de cuatro sirios que casada con él —fue la cruda sentencia de su madre ante el pedido que ella hacía.

En aquel momento la suerte estaba echada, ya no había nada que pudiera hacerla cambiar de opinión, salvo ella misma y las decisiones de su corazón. Ese día durmió en la casa de sus papás porque su padre amenazaba con golpear a su madre si la Tita faltaba alguna vez en el hogar que le habían dado. A primera hora del día siguiente ya estaba empezando su nueva vida en Bello, Machado, al lado de su esposo en una pequeña piecita con ventanas y una puerta de tablas, cerrada con candado en un terreno de su nueva suegra.

Ese fue el primer escenario de “amor” que recuerda, así como el lugar exacto de la primera caricia que la hizo sangrar tras el sonido seco del golpe de un cuchillo dándole planchazos en la espalda, tan solo quince días después de haberse unido en matrimonio. Al otro día tenía una reunión en su antigua casa con toda su familia, donde la felicitaron por su nueva vida y le llevaron todo tipo de regalos para el hogar: ollas, licuadoras y cubiertos. Aquellas personas no imaginaban que el novio no llegaría nunca y que tras el largo y abundante cabello de la recién casada se ocultaba una marca del dolor.

—¿Si vio?, ya me la maltrató —le dijo su madre, pero no de la misma forma que le dices a alguien “te lo dije”, sino de aquella en la que le expresas toda tu preocupación y angustia.

—No, mamá, me quedé afuera con las llaves del candado de la reja adentro. Me tocó romper la ventana y por eso está tirada —contestó la Tita.



Con el tiempo comenzó a desesperarse, a concebir insoportable aquella vida de secretos y amargura. Intentó acabar con su sufrimiento, poner un punto final a todo, pero no pudo. Sus manos temblaron y sus ojos lloraron porque al fin y al cabo, aún era una niña inexperta, una a la que le habían cortado las alas y las ganas de vivir, pues el hombre con quien se había casado le había prometido no sacarla de sus estudios, pero como todas sus promesas —“Que se me caiga la mano si le vuelvo a pegar, se lo juro que no vuelve a pasar”—, también eso fue una mentira. Pasó así gran parte de su vida, con golpes, insultos y maltratos cada que le llegaba el periodo, ya que eso significaba que nuevamente no había logrado tener hijos. La Tita me contó, con lágrimas en sus ojos, que vivía en un gobierno de manipulación, donde ya no era ella, era de él. Pasaba los días orando en la iglesia, de rodillas y suplicando: “Cuando nazca mi hijo, quítame la vida a mí, la vida de un hijo a cambio de la mía”. Era consciente del sufrimiento que le causaba cada mes no lograr darle a él lo que consideraba, más que una buena noticia, su deber como esposa y mujer.

Hasta que nació su primera hija, una bella niña que trajo consigo abrazos, besos y más súplicas de perdón, luego la segunda dos años después, contando una historia diferente, una que la Tita describe como “la peor humillación de su vida”. Durante el embarazo, aproximadamente a los 5 meses, él la tiró al suelo, le pegó patadas, golpes constantes y punzantes. Luego le dijo con autoridad: “Párate y dame un beso”. La Tita se levantó inmediatamente y dio unos pasos al frente, observando el rostro de su esposo —ahí se hallaba la pasión y el horror mirándola a los ojos—, pero en lugar de un beso, de su boca salieron las palabras de un despertar: “Hasta hoy te quise, mi Plancho”, y acompañó esa sentencia con un golpe seco en su pecho.

Años después tuvieron que mudarse a Venezuela, porque al duro del barrio, Plancho, lo amenazaban con acabarlo. La Tita construyó un ranchito de barro en ese nuevo lugar, que cultivó con cariño pisando la tierra y moviendo cada pieza para sacarlo adelante junto a sus hijas. Su esposo volvió con promesas renovadas, pero no demoró mucho en apuñalarla por la espalda, pegándole por cada mínima excusa que se le presentaba.

Ella se cansó, se devolvió con sus hijas para Medellín en un arrebato de libertad, cosa que duró poco, pues un día le llamaron a decirle que su esposo se había quebrado las piernas, que debía volver y cuidarlo. Lo hizo, pero volvió sin sus hijas, las dejó al cuidado de su madrecita, solo para darse cuenta de la mentira que la esperaba: “Vámonos para la casa” le dijo él, con los pies firmes sobre el suelo del aeropuerto y la misma superioridad del primer día. No había nadie a quién cuidar, se vio presa de una trampa de la que no podría escapar fácilmente.

Plancho era vicioso. Estaba siempre amargado y enojado en casa, aunque al salir con su amigos volvía de lo más contento, bailando y gozando de la vida con su esposa, como si nunca hubiera pasado nada. La Tita veía esto y sentía un torbellino en su alma: “Estoy casada con un hombre ficticio, ¿que hago yo aquí?”, pero ya era tarde, ya estaba enferma de agotamiento. La última vez que le pegó, ella tenía puesto un vestido blanco de seda que, en cuestión de segundos, se tornó color rojo por la sangre que corría de su nariz, cortada por el cabezazo que acaba de recibir. Pero eso no volvería a ocurrir, él ya no podía volverla a tocar, no podía volver a abrazarla hasta hacerla sangrar.

Gracias a ella, entendí que el maltrato no siempre deja moretones visibles, a veces se esconde también en la forma en la que alguien baja la mirada para evitar llorar.

Ese día gritó finalmente aquello que el viento siempre quiso oír: “¡Ya no puedo más!” Las palabras la alcanzaron en la camilla de una clínica, rodeada de medicamentos que no le valían para nada, porque ¿qué puede calmar el dolor del corazón? Los médicos la mandaron de regreso a Colombia para ver a sus hijas, esperando alguna mejoría ante su grave estado, porque ya no comía, casi ni caminaba y gritaba siempre que quería tener la luz apagada.

Bajó del avión y vio a su madre, quien nunca supo de su dolor, porque la Tita siempre calló.

—Mira cómo te tengo a tus hijas de bellas y hermosas —le dijo su madre.

Pero la Tita no respondió como esperaba. Durante mucho tiempo la habían acechado, desde los rincones sombríos de su memoria, las palabras que dijera su madre el día que anunció su deseo de casarse con Plancho. Solo alcanzó a decir antes de caer al suelo: “Madre, retira la maldición que me echaste porque con creces he pagado todo lo que te hice vivir”.

Pasó casi un año internada en la clínica Prado. Perdió el habla, la fuerza y las crisis aún la alcanzaban. Un día le tiró todo encima al psiquiatra de la clínica: las sillas, el escritorio y los cuadernos. Él no le pegó, no la insultó y no se molestó, solo le dijo: “Hoy estás mejor que nunca”.

Cuando se recuperó, Plancho intentó volver a Colombia y pedirle perdón en tres ocasiones, pero ella ya podía decir que no. En ese momento, comprendió que ya le había perdido el miedo, y quizá, por azares del destino o por finalizar su historia, él volvió una vez más, pero ella no lo rechazó, lo perdonó, le dijo que era el padre de sus hijas de todas maneras, pero que nunca volvería con él. Con el perdón de ella concedido, Plancho falleció a los quince días.

Así dice ella que terminó la primera mitad de su vida, porque todavía hay una historia que no pudo contar, pues cuando intenté escuchar, simplemente dijo: “Aquí nos bajamos, mija. Hágame rápido que van a cerrar el almacén donde vi esas boticas que tanto querías”.

La Tita suele hablar del amor como si fuera una herida que nunca cerró del todo. Que uno siente un dolor, un sufrimiento y una angustia al reaccionar y darse cuenta que cometió un error, que su vida quedó totalmente atrás, porque esa no eras tú; uno no se da cuenta de que se está perdiendo hasta que ya no queda nada de uno mismo.

Gracias a ella, entendí que el maltrato no siempre deja moretones visibles, a veces se esconde también en la forma en la que alguien baja la mirada para evitar llorar. Lo extraño del dolor, es que quieres que te consuele quien te lastimó, pues a pesar de que Plancho la maltrataba, ella seguía ahí. No por amor, sino porque tenía miedo a no poder sola, pues la ley en ese entonces no protegía a la mujer de la misma manera que en la actualidad; porque no es que él fuera su vida, pero no se sentía capaz de dejarlo para vivir sin él; porque el amor a veces no solo es ciego, sino también ajeno al tacto.

Su apodo protege su identidad, pero mantiene su humanidad, porque aun así, la Tita me dice que la que pecó fue ella —por ignorancia, por juventud, porque no tuvo una madre que le aconsejara y sobre todo, por amor—. La realidad le tocó verla a ella, le tocó vivir cuando su amor se olvidó que tenía que ser amor. ■

De las vías al papel: rieles llenos de historia

Emmanuel Mejía Muñoz | Institución Educativa Compartir |
Talleristas: Ana María Arango Ortega y Susana Arcila Jiménez

Querido Metro,

Después de años, nos volvemos a encontrar, sé que será por poco tiempo, pero no tengo otra opción que ir contigo, aunque no lo digo a mal; aun así, es agradable verte otra vez. Aquí, entre tus luces y el zumbido de deslizarse, me llega el recuerdo de cuando mi madre hablaba de tu padre —el Ferrocarril de Antioquia—.

Sí, ese viejo que atravesaba las montañas, cruzaba túneles, y traía consigo el aroma a carbón y café. Mi madre, Diana, lo acompañó una vez en su trayecto, decía que en aquel viaje salía de Medellín y llegaba hasta Cisneros. Recordaba el vapor elevándose en la madrugada y, para el mediodía, ya estaban almorzando en medio del verdor antioqueño.

Tu padre era un poco más lento, claro, pero tenía paciencia. No corría con prisa eléctrica; avanzaba al ritmo del paisaje. Y aunque yo nunca lo conocí, me gusta imaginarlo como lo describe mi madre: viejo, noble, con su silbato resonando entre montañas.

Los años pasaron, y tú, su hijo actual, tomaste su lugar. Ya no llevas contigo el humo de los años, sino energía de las nuevas generaciones; no sueñas con rugido metálico propio de la vejez, sino con la precisión matemática de la modernidad. Puede que hayas cambiado desde la primera vez que “recorriste” esta ciudad, pero en el fondo, sigues siendo parte de la misma historia.

Yo tampoco soy el mismo. Ya no soy aquel niño que revoloteaba por doquier y que se asomaba arrodillado por la ventana para ver el caos de la ciudad. Sí, tampoco soy ya el chiquillo que se emocionaba con el pitido del vagón,

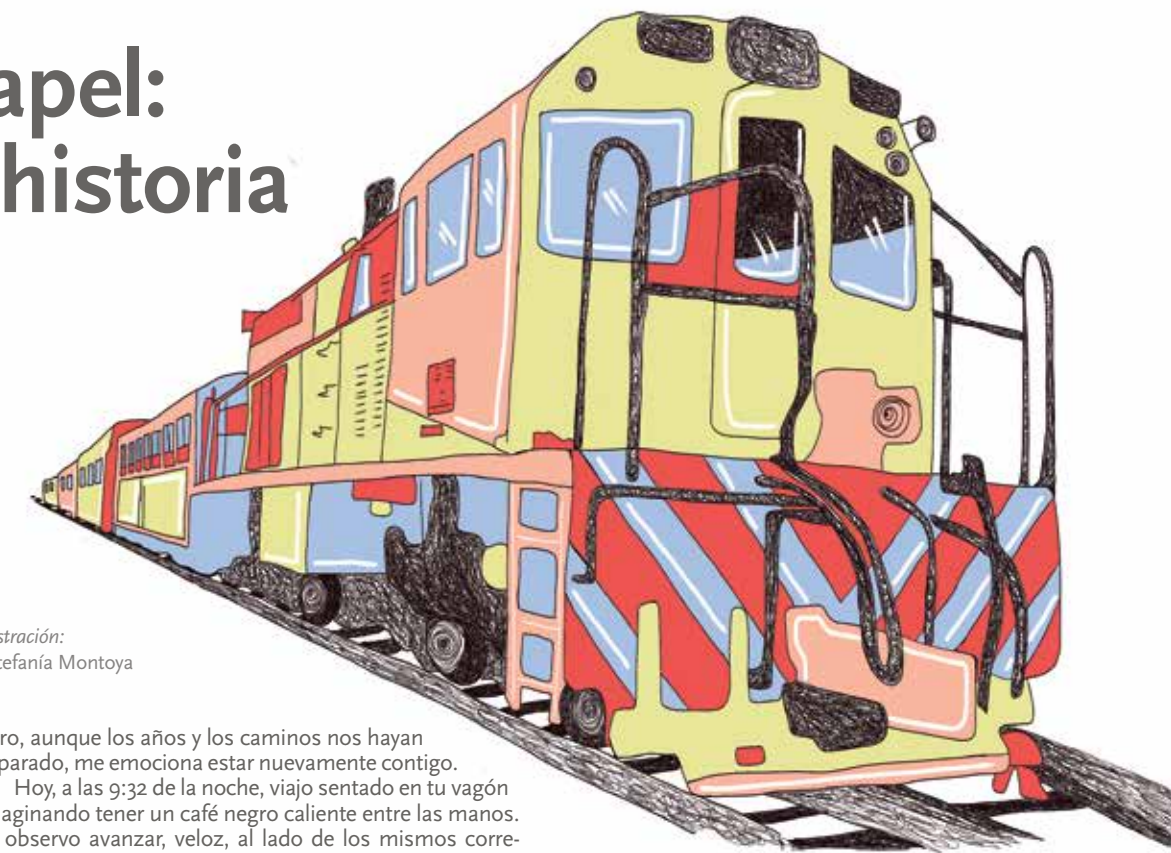


Ilustración:
Estefanía Montoya

pero, aunque los años y los caminos nos hayan separado, me emociona estar nuevamente contigo.

Hoy, a las 9:32 de la noche, viajó sentado en tu vagón imaginando tener un café negro caliente entre las manos. Te observo avanzar, veloz, al lado de los mismos corredores donde antes pasaba aquel viejo que conoció mi madre. Sé que tú y yo hemos cambiado un poco, pero la ciudad sigue siendo la misma, bueno... aunque más llena, más caótica, más viva. Y tú sigues ahí, puntual, impecable, transportando millones que quizá ni te miran, pero te deben parte de su historia.

Mientras te escucho deslizarte, pienso que no solo llevas pasajeros: llevas recuerdos. Llevas promesas, sueños, silencios; llevas historias de amor de aquellos que dieron su primer beso en tu presencia, y de luchas de aquellos que cada día libran batallas con lo diario; llevas arte, puesto que la ciudad te la comparte; llevas vida porque, al final,

aunque a veces se quejan, te reclaman, para mí siempre has sido más que un medio: un testigo.

Me pregunto si algún día tendré que despedirme de ti, para darle paso a quien te suceda, pero no importa. Pienso en los bellos momentos que he vivido en tus vagones; las risas, las conversaciones, las esperas, las historias.

Y en cómo, quizás, un día les contaré a mis hijos o nietos sobre ti, diciéndoles con entonado acento antioqueño: “Vea, mijito... no se alcanza a imaginar la experiencia que era viajar en el Metro de Medellín” ■

Confesiones entre esmaltes

Luciana Marín Vargas | I.E. Jorge Eliécer Gaitán | Grado noveno
Talleristas: Vanesa Ibarra Toro y Samuel Alejandro Osorio Parra

En los barrios populares de Medellín siempre ha estado la manicurista de confianza: la que anda de casa en casa recogiendo pedacitos de historias, viendo crecer a las familias, notando cómo cambian las fachadas de las casas, dándole la bienvenida a los nuevos vecinos y, también, despidiéndose de los que se tienen que marchar. Lo curioso de esta mujer es que nunca pregunta mucho, la gente solita le cuenta todo, como si al momento de tener sus manos entre las de ella les aflojara la lengua.

He vivido toda mi vida en la zona noroccidental de Medellín, allí durante 15 años he sido testigo del caso de doña Gloria. Mujer cabeza de familia, con un hijo, luchadora, resiliente y fuerte. Cada 15 o 20 días llegaba a la casa encartada con su bolso lleno de esmaltes en la espalda y su pequeño banco de madera. Desde que ella empezó a venir su presencia se volvió muy cotidiana. Doña Gloria dejó de ser una visita y se volvió parte del paisaje doméstico: la silla, los esmaltes, el banquito y el bafle en el que sonaban baladas. Se volvió una parte del hogar; una pieza más del engranaje hogareño.

Una cita con doña Gloria no sólo implicaba quedar con las uñas bonitas, sino enterarse de todos los chismes barriales. Entre uña y uña iban saliendo historias, cada esmalte que sacaba de su maleta significaba un relato nuevo: que a la hija de doña Franci la pillaron entrando por el balcón a las 3:00 a.m. junto al novio; que a Don Fabio le

va a tocar vender la tienda porque el hijo se metió en problemas con la moto; y demás chachara que, de un tiempo para acá, me parecía innecesaria. Lo que comenzó a molestarme es que la temática de las historias no implicaba solo al barrio, sino a mí. Pasaba que mi mamá no se guardaba nada: si yo me escapaba un rato de la casa ¡Pum!, la señora se enteraba; si hacía un berrinche por un disgusto, mi mamá lo contaba como si fuera uno de los capítulos de sus novelas; si discutía con alguien o tenía un mal día, allá estaba doña Gloria riéndose, mientras me miraba de reojo. Yo hervía de enojo.

Lo que más me sacaba la piedra, era que mi mamá tenía su propia versión del dicho “lo que se habla en la casa se queda en la casa”, pero cuando llegaba doña Gloria eso se le olvidaba. Con aquella morena mi mamá se quitaba un peso de encima, pero eso no cambiaba el hecho de que la situación me frustraba mucho. A veces yo alcanzaba a oír desde el cuarto las carcajadas y susurros cómplices, sabía que la historia de turno era mía. “La vida de Luciana, capítulo nuevo”. Sentía que mi mamá encontraba en ella una especie de confesionario, y yo, sin querer, terminaba siendo el pecado contado.

A estas alturas sé que doña Gloria no cambiará. Seguirá llegando cada tanto a mi casa sacando sus esmaltes, como quien saca recuerdos, algunos dulces, otros un tanto amargos. Mi mamá seguirá contándole la vida entera. Poco a poco me resigno, ya no peleo tanto, solo respiro hondo y dejo que hablen y se rían. Tal vez eso sea crecer: entender que algunas cosas no se corrigen, solo se aceptan. Igual, no negaré que esto me sigue dando una piedra increíble. Raspándome por dentro, como una uña mal limada. Pero bueno, así son las historias en los barrios: se pintan, se manchan, se secan y se vuelven a colorear. ■



Habitar una historia a través de una foto

Santiago Castrillón Ortega | I.E. José María Berrío | Grado décimo
Talleristas: Vanesa Ibarra Toro y Samuel Alejandro Osorio Parra

Siempre he sentido una extraña curiosidad por Guiomar. Ella es una tía abuela por parte de mi papá, la cual se ha hecho cargo de dos generaciones de la familia. Siempre que voy a su casa en Copacabana, hay dos cosas que capturan mi atención: la cocina —en la cual pasa buena parte del tiempo—, y una fotografía de mi bisabuelo Hernando Castrillón. A simple vista, la imagen es muy común: él abrazando a su esposa, Nora y, mientras se ven, se sonríen con cariño. Pero si la foto parece tan común ¿por qué me genera tanta curiosidad?

Desde niño he escuchado a mi papá —con quien soy muy cercano— contar historias de “el abuelo Hernando”, como lo llama, aunque para él siempre fue una figura paterna. Cuando lo invade la nostalgia, comienza a recordarlo y me dice: “No tengo un recuerdo malo sobre él”. Recalca que fue una buena persona, al contrario de mi abuelo, Alvaro Castrillón, su padre, el cual no fue una persona presente en su vida. Cuando mi papá era niño, Alvaro no se hizo cargo; fue entonces cuando apareció mi bisabuelo Hernando, quien fue un apoyo no sólo económico, sino que además lo amó: lo adoptó como un hijo propio y estuvo ahí para él, enseñándole lo más que pudo. Y lo más importante, le dejó a mi papá un código moral para la vida.

En su juventud, el bisabuelo Hernando trabajó como guardavías de los Ferrocarriles Nacionales. Su función consistía en esperar a que se acercara el tren para bajar la barrera que simbólicamente le impedía el paso a los escasos automóviles, a los campesinos y a sus burros, vacas y caballos. Era un liberal convencido: militante activo y sin temor a esconder sus ideas, aun cuando estas iban en contra de las políticas de los conservadores. En su adultez construyó una habitación para él con una radiola de última generación; allí se sentaba a escuchar y recitar de memoria los discursos de Jorge Eliécer Gaitán. Una noche, mientras hacía guardia, alguien llegó corriendo y le avisó que venían unos chulavitas —miembros de un grupo paramilitar conservador— para matarlo. En medio de una lluvia torrencial, tuvo que abandonar la escasa protección que le daba su pequeño puesto de trabajo en las vías y salió corriendo por los campos durante horas, escondiéndose entre la maleza alta mientras escuchaba a sus verdugos hablar. No se sabe si fueron las condiciones ambientales, el miedo a morir o alguna otra cosa, pero esa noche mi bisabuelo tuvo un pequeño derrame en su ojo que le causó un enrojecimiento permanente; esto le creó un leve estrabismo.

Tiempo después llegó a Copacabana, Antioquia, sin dinero y se empleó en lo que pudo. Comprendió que Colombia se estaba urbanizando y que, por la migración de las personas del campo, las ciudades crecían debido al repunte de las empresas antioqueñas. Allí se le ocurrió una idea: contratar a personas sin trabajo para que empezaran a sacar material del río Medellín a punta de pala y cedazos artesanales para separar la arena: la fina de la más densa, así como los diferentes tamaños de piedras. En esa época el río no estaba tan contaminado y sus contratistas trabajaban muchas horas con el agua hasta las rodillas. Como el negocio estaba dando el resultado esperado, a Hernando se le ocurrió que podía inventar una máquina que seleccionara los materiales para hacer el trabajo más eficiente y así hacer la labor física menos extenuante. En su cabeza empezó a darle vueltas una palabra que se convertiría en aquella que toda la familia asocia con el apellido Castrillón: “la clasificadora”.

Con papel y lápiz en mano diseñó un sistema de varios niveles de cedazo: en el de más abajo estaría el que tenía los espacios más pequeños para dejar pasar la arena más fina; en cada uno de los siguientes niveles, de abajo hacia arriba, los cedazos iban haciéndose más amplios; y en el último quedaban las enormes piedras que se requerían para construcciones más robustas. Él alquiló una colina en Girardota, Antioquia y empezó allí la construcción de “la clasificadora”, la cual funcionaba de la siguiente manera: de cada uno de los recipientes en donde caían los elementos filtrados, salían unos canales que iban a dar a unos baldes gigantes en la parte de abajo, los cuales estaban sostenidos por columnas, de tal manera que las volquetas pudieran ponerse debajo, abrir las compuertas que estaban al fondo del balde y así llenar cada una de ellas. En la parte de arriba había un camino para que estos vehículos llevaran el material tal y como había salido del río, y lo descargaban en un espacio que parecía un embudo. “La clasificadora” era operada por dos contratistas que le echaban agua a este material para que cayera al cedazo de más arriba y que, por la fuerza de la gravedad y a través del espacio de los cedazos todo llegara al recipiente correspondiente.

Mi bisabuelo sacó dinero con esa invención, pero eso sólo hizo que fuera más y más solidario con la gente pobre de Copacabana y Girardota. En la niñez de mi papá, él acompañaba a su abuelo Hernando en largas jornadas y veía cómo la gente se le acercaba y lo saludaban siempre muy amables, con una sonrisa en sus labios y palabras de agradecimiento por el material de playa gratuito que les había donado para terminar sus casas. Eso era frecuente, según recuerda mi padre.

Durante su juventud, mi papá descubrió muchas cosas sobre Hernando. Un día, encontró en una caja olvidada los diseños de los buses que había hecho mi bisabuelo y allí supo que él había fundado el sistema de transporte de pasajeros de Copacabana. En otra ocasión, mi padre ingresó a la iglesia del barrio San Juan y alguien le mostró una fotografía de Hernando que estaba colgada allí, a manera de agradecimiento, pues él había financiado la construcción del templo —sí, a pesar de ser liberal,



Texto destacado

Este texto tiene la fuerza de una memoria familiar bien contada a través de todos los detalles que su curiosidad le permitió indagar y transmitir, así como por la ternura de quien no sólo intenta entender su herencia, sino que es capaz de convertir los recuerdos personales en un relato colectivo que honra la vida, el trabajo y la solidaridad.



era muy religioso—, la había puesto ahí en agradecimiento porque había construido totalmente esa iglesia con su dinero. También edificó la estación de bomberos del municipio, donde igualmente pusieron su retrato. En 1970, cuando hubo una gran inundación que afectó el barrio La Pedrera de Copacabana, él envió las volquetas de su empresa para rescatar a los afectados, y luego los acogió en su hogar, les compró medicina, y su esposa y a sus hijos les cocinaron a todos quienes encontraban refugio en los pasillos y habitaciones de su enorme casa. Más tarde, por si fuera poco, los ayudó a reconstruir sus hogares.

Pero ahí no paraba su generosidad. Mi papá me contó que, en esa época, en algunas casas recibían a niñas o adolescentes para que ayudaran en las tareas del hogar; ellas venían de familias que veían esa acción como una forma de asegurarle comida y techo a una persona que, de lo contrario, estaría en la miseria —aunque eso es trabajo infantil, en ese entonces no era mal visto—. Fue así como a la vida de mi bisabuelo llegó Adela, una niña de tez negra que venía del municipio de Apartadó, y que fue enviada como empleada del servicio a la casa de un hermano de Hernando, llamado Libardo. Sin embargo, cuando su esposa la vio de tan corta edad, pues tenía entre 7 y 8 años, le dijo a quien había hecho la gestión que se la devolviera a la mamá, pero eso no fue posible. Entonces, mi bisabuelo intervino y se la llevó consigo.

Adela se terminó de criar en ese hogar con los hijos de Hernando que estaban cercanos a ella en edad. Cuando iba a cumplir 18 años, como no tenía registro civil, ni tarjeta de identidad, mi bisabuelo la llevó a la Registraduría Nacional, en su sede de Copacabana, y la hizo registrar con su apellido, es decir, fue como si la hubiera adoptado. Su esposa e hijos estuvieron de acuerdo porque la amaban; sin embargo, aunque algunos miembros de la comunidad lo vieron extraño, respetaron la decisión de Hernando, ya que él era un faro moral de esa comunidad. Cuando mi bisabuelo falleció, Adela heredó en igualdad de condiciones que sus hermanos. Hoy sigue siendo muy amada por sus sobrinos y los hijos y nietos de estos, y con frecuencia la acompañan en sus paseos.

El 19 de febrero de 1979, cuando mi papá tenía 12, el bisabuelo Hernando falleció a sus 56 años de un paro cardíaco, mientras

regresaba a su casa en la volqueta de su hijo Sergio. Se desplomó sobre las piernas de este quien conducía por la autopista norte, ya casi llegando a la entrada a Copacabana. Como la volqueta era muy lenta, se fue a buscar a Libardo, el hermano de mi bisabuelo porque él tenía un Renault 4. En cuanto llegó, inmediatamente lo llevaron a la clínica SOMA en Medellín, pero ya no había nada que hacer. Todos en la familia sufrieron el golpe de haber perdido a una persona como Hernando.

“La clasificadora” siguió activa por 25 años más bajo el manejo ejecutivo, administrativo y financiero de dos de sus hijos. Desafortunadamente, la tecnificación y actualización de la competencia los obligó a cerrar, lo mismo que los malos manejos financieros con clanes políticos, quienes eran de sus principales clientes. Mi papá, por su parte, tuvo que salir de Copacabana a vivir en otro lugar, puesto que su casa fue embargada y posteriormente vendida en un remate por los manejos fraudulentos de mi abuelo Alvaro.

Volviendo al presente, cuando empecé a ir regularmente a la casa de Guiomar, conocí varias historias que no sabía y que, probablemente, nunca sabría. Ella se hizo cargo de sus hijos, de algunos sobrinos, de sus nietos y de todos los niños que le necesitaran. Gracias a estar tan atenta de todas estas situaciones y de su buena memoria, tiene muchas historias para contar, varias de ellas incluyen a Hernando. “Fue alguien muy bueno, una de las mejores personas que he conocido. Se parece mucho a su papá”, me dijo una vez.

Es gracias a esos relatos que, durante toda mi vida, he creído que Hernando fue una buena persona. Sin embargo, siempre me pregunté si esa percepción provenía únicamente de las historias que escuchaba de mi papá. Cuando quise saber más sobre él, descubrí que no era solo su versión: todos en la familia lo recuerdan del mismo modo y cada vez que alguno lo menciona se le iluminan los ojos, en los que aparecen una mezcla de cariño y nostalgia. Entonces comprendo que todo es un reflejo de la foto. En esa imagen está como siempre lo describen: sonriente, y además, abrazando a su esposa, con un cariño que se mantuvo por décadas ■

Una vida a cuadritos

Aslie Gislen Ramírez Agudelo | I.E. Jorge Eliecer Gaitán | Grado décimo
Talleristas: Susana Arcila Jiménez y Ana María Arango Ortega

Muchas personas reciben herencias materiales o económicas, pero en mi familia, la herencia más valiosa es nuestra historia... y el rancho de tablas que perteneció a mi abuela Nena. Ese fue el lugar donde todo comenzó y terminó; ubicado en algún lugar de Moravia, cerca del Parque Norte y el Jardín Botánico. Un barrio marcado por la violencia, en una de sus caras, y por el arte que habita en sus paredes, en la otra, allí se reflejan las almas perdidas de su gente y su lucha por ser libres, vistos y escuchados.

Entre los años 80 y 90, la violencia en este barrio alcanzó su punto más álgido, impulsada principalmente por pandillas que hacían lo que querían con quienes vivían allí. No importaba tu dinero, tu estatus o si eras del barrio: nada te salvaba una vez que fijaban su atención en ti, y menos si eras mujer.

Hablando con mi madre, Estela, sobre su infancia, me contó cómo fue crecer en ese barrio y en el rancho de mi abuela Nena, junto a sus siete hermanos. No era un lugar grande: tenía una habitación pequeña donde apenas cabía una mesa de noche sencilla, con algunos tallados que la hacían ver un poco más “fina”, y especialmente con aquel pequeño mantel blanco de flores bordadas. También había una cama matrimonial casi deshecha por el uso. En la sala, el espacio era un poco mayor, pero solo lo suficiente para la cuna de mi tío Julián, que por entonces tenía ocho meses de nacido.

En el barrio, nadie se atrevía a alzar la voz, y menos a enfrentarse a la pandilla “Los Cuervos”. Todos sabían cuál podía ser su destino. Eran conocidos por su violencia, su crueldad y su falta de escrúpulos. Hacían cosas atroces a niños y mujeres: entraban a las casas sin avisar, abusaban de las niñas, robaban, asesinaban o se llevaban personas al azar para pedir rescate. Incluso si los dueños de las viviendas se oponían, debían callar y actuar como si nada pasara. Y si alguien intentaba liberar a quien habían capturado, lo que les esperaba era algo que mi madre nunca pudo describir, de tan brutal que era.

Un día cualquiera de 1992, le tocó a mi familia. La vida de todos cambió para siempre. Era de noche y estaban reunidos en el suelo de la sala, alrededor de un pequeño “fogón” —en realidad, una parrilla con papeles de periódico encendidos y una olla encima—, preparando la comida. De repente, abrieron la puerta de golpe. Eran los hombres de la pandilla. Los primeros en entrar tiraron la comida al piso y obligaron a todos a arrinconarse en un rincón. Otros, entraron arrastrando a una mujer y la dejaron allí, en el piso. Se trataba de un secuestro: la víctima era una funcionaria del gobierno, lo que agravó la situación. En cuestión de horas, había policías, el GOES (Grupo de Operativos Especiales de Seguridad) y más fuerzas oficiales buscándola. Nena no sabía qué hacer: estaba sola, con sus hijos que lloraban y estaban asustados. No tenía a quién pedir ayuda. El miedo a lo que les harían si hablaban, o si la mujer intentaba escapar, la paralizaba.

Poco después, los Cuervos se fueron. Aunque ya no estaban, la calma no llegó. De hecho, todo empeoró cuando la mujer anunció que se iría porque no había nadie vigilándola. Mi abuela le tomó la mano y, entre lágrimas, le suplicó: “Por favor, no lo haga. Si usted se va, a mí y a mis hijos nos matan... Quédense hasta que la encuentren”. La

mujer la miró en silencio, con desdén y frialdad, pero dio media vuelta y regresó a la sala. Su mirada hacia Estela y sus hermanos lo decía todo. Afuera, el panorama era igual de tenso para las demás familias. La mayoría de las casas fueron registradas, se interrogó a quien se encontraban y, a pesar de saber lo que ocurría, nadie dijo nada. Los “sapos” podían desaparecer.

Cuando la policía llegó a la casa y encontró a la funcionaria, lo primero que ella dijo fue: “Esa mujer es cómplice de esos delincuentes”. A Nena se le vino el mundo encima. Los policías la sometieron y la esposaron sin siquiera escucharla. Estela lloraba, gritaba y suplicaba que su madre era inocente, pero nadie la oyó.

Poco después, sacaron a Nena entre varios agentes. Frente a la casa esperaba la patrulla en la que sería llevada. La calle, usualmente vacía y silenciosa, estaba ahora llena de vecinos que observaban sin poder hacer nada. Algunos entraban a sus casas y continuaban con su rutina como si nada pasara; otros miraban impasibles cómo Estela lloraba desconsoladamente, al borde del desmayo. La patrulla arrancó, dejando atrás a aquella niña derrumbada en el suelo, con el corazón destrozado. Logró levantarse y corrió tras el vehículo, descalza, gritando el nombre de su madre con todas sus fuerzas hasta quedarse sin voz. Llegó un momento en que no pudo más: sentía cómo sus pequeños pies se quemaban contra el suelo. Solo pudo ver cómo el auto desaparecía en la distancia. Se sentía vacía, sola, y su mente se llenaba de preguntas: ¿qué pasaría con sus hermanos?, ¿cómo les daría de comer?, ¿cómo sobrevivirían?

Tres días después del suceso, le informaron a Estela que a Nena le habían dado diez años de prisión. Había declarado que estuvo involucrada directamente en el secuestro de la funcionaria y que había colaborado en todo, pero era mentira. ¿Por qué lo dijo? Sencillo, la amenazaron con lo que más le podía doler a una madre: con quitarle la vida a sus hijos, la única razón por la que seguía viviendo, el motivo por el que estaba dispuesta a aguantar todos aquellos años de encierro.

Durante esa década, mi madre vivió experiencias que dejaron una huella profunda en su ser. A los doce años, ya se rebuscaba la vida como podía: limpiando, haciendo mandados para los vecinos o cualquier trabajo que le ofrecieran. No le pagaban mucho, pero al menos conseguía lo justo para comprar una panela y que sus hermanos tuvieran algo en el estómago. A veces iba al Jardín Botánico para despejar la mente y, de paso, recogía frutas como mangos y guayabas. Con el tiempo, los vigilantes la reconocían y hasta la esperaban con una bolsa llena de mangos. Esa misma escena se repetía en el Parque Norte, aunque era más difícil. Con eso, calmaba el hambre de los niños un rato, mientras buscaba más comida. Algunos vecinos les daban arroz con huevo, aguapanela o sobras de la noche anterior; en la tienda del barrio le fiaban o le regalaban un poco de revuelto.

Así vivió aproximadamente dos años, hasta que la situación empeoró. Una “amiga” de Estela, Mariana, le

propuso que la acompañara a trabajar a un hotel del centro. Ella se negó rotundamente: iba contra sus valores y principios. Pero la necesidad era mucha: sin dinero, no podía alimentar a sus hermanos, y nadie le daría trabajo a una niña tan joven. Lo pensó mucho, pero al final rechazó la oferta. Sin embargo, en ese lapso, algo ocurrió que la marcó para siempre: alguien de confianza, que supuestamente quería ayudarla, se aprovechó de su vulnerabilidad y le arrebató su inocencia. Después de eso, sintió que ya no era dueña de su propio cuerpo. Decidió aceptar la propuesta de Mariana: creía que ya no tenía nada que perder.

Así comenzó una etapa en la que las drogas eran su escape de la realidad y de la culpa. Entonces surgió una nueva opción: gracias a su habilidad para organizar bazúcos, los encargados del lugar decidieron que ya no trabajaría como las demás jóvenes, sino que se quedaría sola en una habitación, dedicada a preparar la droga. Ganaba mejor que antes, y podía comprar más comida y darle algo de dinero a sus hermanos para que lo guardaran.

Estuvo así un tiempo, hasta que, a los quince años, tuvo un desliz: se gastó todo lo que había ganado en drogas y llegó a casa con las manos vacías. Sus hermanos le preguntaron si había traído algo para comer, y la culpa que sintió al escucharlos la obligó a dejar ese trabajo y sus adicciones. No fue fácil, pero lo hizo por ellos y por el amor que les tenía.

A los dieciocho años, Estela se fue a vivir con un novio, aunque no duraron mucho. Ingresó a un colegio de monjas, comenzó a trabajar como mesera en un bar de Manrique y, poco a poco, su vida se fue “acomodando”, al igual que la de sus hermanos, aunque ellos no quisieron estudiar y cuestionaban sus esfuerzos.

Tres años después, Nena salió de la cárcel. Fue un momento significativo para todos sus hijos, aunque no hubieran pasado mucho tiempo juntos. Para Estela fue extraño: sentía cierta emoción, pero también resentimiento por las acciones de su madre en el pasado. La quería, pero no de manera convencional; a veces la veía como una desconocida. Al final, la perdonó, sintiendo que esto era necesario para seguir adelante.

Durante ese proceso de sanación, conoció a John, mi padre: un hombre sencillo, serio y decidido, que iluminó su vida y la hizo sentirse completa, por primera vez en años. El amor entre ellos creció con el tiempo, aunque muchas personas —especialmente la madre de John— se opusieron al principio. Con los años, sin embargo, terminaron aceptándola.

En enero de 2007, la pareja recibió la noticia de que esperaban un hijo. La alegría fue inmensa; no tenían mucho, pero harían lo posible por darle una buena vida y una infancia feliz, algo que ellos no tuvieron. En septiembre de ese mismo año, nació una niña: me llamaron Ali. Dos años después, llegó por sorpresa mi hermana Mabe. Nadie la esperaba, pero fue recibida con mucho amor. Y así se formó una pequeña familia, unida con fuerza y cariño, que hasta el día de hoy sigue así.■

*En este texto se han cambiado los nombres de las personas implicadas por temas de seguridad.

Ilustración:
Estefanía Montoya



Los ecos del Atrato

Elizabeth Ríos Flórez | Colegio VID | Grado noveno
Talleristas: Melany Bedoya Montoya y María Antonia Quintero Arango

Como siempre, me encontraba esperando la llegada de mi madre a las afueras del colegio, en ese pequeño parque que conocía como la palma de mi mano, su nombre: “La medialuna”. No era el más bonito de todos, ni el más grande. Constantemente había personas fumando o haciendo malos comentarios a cada mujer que transitaba allí, pero a pesar de todo eso, cumplía su función: un lugar de espera, de juego y de conversación.

Intentaba concentrarme en mis amigos, pero siempre me distraía con los carros y las motos que pasaban por el lugar, esperando que, entre las variedades de azules, blancos y negros, apareciera ese rojo del carro de mi mamá. Cuando por fin resaltó entre la multitud, no esperé ni un segundo para agarrar mis cosas y despedirme, me gustaba estar con mis amigos, pero me agradaba más la idea de estar en mi hogar.

Sin perder más tiempo me despedí de todos y crucé la calle para abrir la puerta del carro. Salude a mi mamá y al igual que todos los días, me hacía la pregunta:

—Hola, mami. ¿Cómo te fue hoy?

Sus palabras parecían bajar el tono cuando mis ojos se concentraban en el paisaje de camino a casa. A través de la ventana, contaba los mismos árboles de siempre y en ellos posaban los pequeños pajaritos amarillos que cantaban la misma melodía. Entre las bugambilias moradas que adornaban todo el trayecto, se escuchaba el mismo ruido de las personas que diariamente transitaban por allí, los infatigables gritos de los estudiantes que hacían eco mientras nos alejábamos del colegio.

A medida que pasaba el tiempo me encontraba más concentrada en mis pensamientos que en la respuesta de mi madre, cuando inesperadamente escuché algo que captó mi atención:

—Y eso me recordó a cuando vivía en el Chocó.

Usualmente me distraía con mis alrededores, olvidando que la escucha también me podía traer paisajes bellos. Esta vez, en su voz había algo distinto, un feliz y melancólico ritmo. Por el pequeño retrovisor logré ver sus ojos llenos de entusiasmo y anhelo; como llenos de estrellas del Pacífico, que se habían quedado pegadas en su pupila e instantáneamente supe que esa era mi señal para nunca perderme una de sus historias. Continuó:

—Cuando yo apenas estaba entrando a trabajar tenía que ir de lunes a viernes como en la mayoría de los trabajos, pero eso no quitaba que muchas veces era necesario ir los fines de semana hasta “Las Mercedes”, ¿recuerdas lo que es cierto?

—No...

—¡Ay, mi Eli!, ¿cómo no te vas a acordar?, el pequeño corregimiento del que te conté aquella vez, para el que se necesitaba coger una lancha para llegar hasta allá, ¿en serio no te acuerdas?

Recordé en ese momento, otro de esos recorridos de historias tras el volante, en los que sus relatos parecían fantasías sacadas de los rincones más lejanos. ¿Coger lancha?, yo solo sabía esperar al pequeño rojo para volver a casa.

—Yo no sé si te conté, pero mira que un día salimos del pampón a la ciudad —ese pedazo de tierra sin cercar— como siempre lo hacíamos, nos montamos en la lancha y emprendimos camino por el vibrante Atrato.

Me transporté a aquella vez que en medio de un trancón de ciudad, me quejé por la demora y de vuelta recibí una reflexión sobre los viajes variados de mi mamá por el Atrato. A veces podía ser de cuarenta minutos y otras de una hora, todo dependía de la lancha y del río. Volví a la historia:

—Esta vez nos abrazó una corriente tranquila, el río estaba calmado y se podía escuchar cómo el agua golpeaba contra la pequeña lancha en que íbamos. Había árboles más grandes de los que normalmente se veían cerca a la ciudad, tal vez de unos seis o siete metros de altura, las heliconias y los anturios de todos los colores saludaban entre los húmedos arbustos verdes y, como siempre, nos acercamos a la orilla

Recordé en ese momento, otro de esos recorridos de historias tras el volante, en los que sus relatos parecían fantasías sacadas de los rincones más lejanos. ¿Coger lancha?, yo solo sabía esperar al pequeño rojo para volver a casa.

para recogerlas. Camuflado entre los tallos, vi un hermoso collar, era delgado y corto, con un patrón circular, tenía unos colores muy lindos que parecían perfectamente elegidos para hacer juego entre sí: blanco, negro, verde y rojo.

Recordé mi joyería especial, aquella que mi madre me había dado para mantenernos conectadas. No tiene los mismos colores, pero su delicadeza y el amor con el que mi mamá describe haberlo visto, me hicieron llevarme las manos al pecho para darle una caricia al dije, que colgaba en mi delgada cadena.

—Estaba a punto de agarrarlo, pero decidí hablar con los demás primero y contarles de mi hallazgo. Tan pronto como mencioné el collar, el conductor de la lancha arrancó.

Alejándose del collar, le dijo al señor:

—¿Pero por qué nos vamos? No pude agarrar el collar.

—Eso no es un collar, es una serpiente coral señora, debe tener más cuidado— dijo el conductor de la lancha, mientras aumentaba la velocidad.

El señor le explicó que sus escamas hacen juego con el sol y parecen brillar como las estrellas, más aún cuando están en terrenos húmedos y pueden mantener su piel hidratada.

El carro iba reduciendo su velocidad, acercándonos al destino final de este recorrido.

—Y como esas tengo muchísimas historias. —¿Y tienes historias así, pero más recientes... que te hayan pasado aquí en Medellín?

—No, luego de que empecé a vivir aquí ya nada es igual. Es cierto que también hay un río, pero no es como el Atrato, no es el mismo ambiente que había en Quibdó y mucho menos es la gente con la que crecí. Hay algunas cosas en las que se parecen, pero definitivamente mi corazón aún está navegando en las aguas del Atrato.

Para entonces, cuando volví mi atención a la ventana ya estábamos en casa, y lo único que me pude decir fue:

—Nunca me dejes de contar historias, mami. Voy a escucharte mejor. Ese día pensé, que esas historias, las que solían pasar desapercibidas, hay un fragmento de la vida de Elsa Flórez, que merece tener eco.■

El rumor del profe Rubén

Gina Nicole Caetano Díez | I.E. Jorge Eliécer Gaitán | Grado noveno
Talleristas: Kevin Santiago Cardona Suárez y Ashley Delgado Roldán

Ilustración:
Estefanía Montoya

Recuerdo con claridad el primer día que escuché el nombre de Rubén. Fue en el año 2019, una tarde cualquiera en nuestra casa, en la zona noroccidental de Medellín. Mi hermano, de 16 años en ese entonces, llegó del colegio tirando la maleta, con la rabia marcada en su cara y el uniforme hecho un desastre.

Desde ese día, Rubén se volvió casi un fantasma en la sala de mi casa. Mi hermano no pasaba un día sin nombrarlo, siempre con el mismo enojo: que si Rubén le quitó los audífonos en plena clase, que si no lo dejó usar su buzo favorito, que si no recibió un taller o que, por culpa de él, iba a perder el año.

Yo no tenía idea de quién era ese profesor, pero, según lo que escuchaba, era un hombre gruñón, bajito, de barriga redonda y con más ganas de regañar que de enseñar. En mi mente lo veía azotando puertas y tumbando a todo el que se le opusiera en su camino. Sin conocerlo, ya lo rechazaba.

Cuando terminé la primaria, mi mamá decidió que no estudiaría en el colegio de mi hermano, pues tenía muy mala fama: quedaba en un barrio donde las balas —decían— cantaban más que los pájaros; un lugar señalado de ser violento, lleno de estudiantes “guaches y groseros”. No sólo me libraba de ese ambiente, sino que significaba, además, no cruzarme con ese tal Rubén.

Entré a mi nuevo colegio, más calmado, más “bien”, como lo que mi mamá buscaba. Allí cada salón tenía aire acondicionado, y la educación física se hacía en la piscina. Pero ahí no encajé. Me sentía como “gallina en corral ajeno”. Donde antes me destacaba, ahora sólo era otra más del montón y, a veces, hasta mediocre. Por malestar emocional, tuve que salir de ese colegio.

—Te vas para el colegio de tu hermano— dijo mi mamá.

La noticia me cayó como baldado de agua fría. Sentí cómo se me encogía el pecho. Ir a ese colegio sería, casi, como retroceder en el tiempo.

Mi primer día en ese lugar del que tanto había escuchado me llenó de miedo. Miedo al cambio, pero sobre todo, miedo a encontrarme con el tan nombrado profesor Rubén. Miraba a cada profe tratando de adivinar quién era. Ninguno encajaba con el retrato que yo había imaginado. Ese año me salvé: no me tocó con él.

No sabía quién era con certeza, hasta que un día lo vi pasar por los pasillos. Sentí cómo mi corazón se frenó, como si el tiempo pasara más lento. Lo reconocí de inmediato: bajo, de paso firme, barriga notable, gafas antiguas y ceño fruncido. Era como si mi imaginación se hubiera quedado corta. Lo que me dejó sorprendida no fue él, sino la gente, esos estudiantes que lo saludaban, lo abrazaban, lo molestaban con cariño.

—¡Profe Rubén!
—¡Profe, gracias!
—Profe, ¿ya me calificó?

Empecé a creer que había dos profesores llamados Rubén: el de mi casa y el del colegio. No entendía nada

y me parecía muy extraña esa gente. ¿Era ese el mismo hombre del que mi hermano renegaba todos los días? ¿Cómo había gente que lo quería?

Nunca me acerqué. Lo juzgaba de lejos. Lo tenía crucificado sin haberle dicho ni un “hola”. Pero al año siguiente, se me acabó la suerte: me tocó clase con Rubén.

Entonces confirmé parte de lo que mi hermano decía: sí, era bravo. Tenía voz de trueno, esas que suenan a regaño así esté explicando.

Sus relatorías me parecían fastidiosas, nunca las hacía. Me esforzaba poco en sus trabajos porque sentía que nunca me pondría una buena nota. Y aún cuando intentaba esmerarme, mis calificaciones nunca eran brillantes. Aun así, logré pasar su materia.

El día que vi mi nuevo horario y supe que ya no tendría clase con él, sentí un alivio profundo. Pero algo cambió en mí ese año, me volví más sociable, más abierta, más dispuesta a destacarme. Quería sacar buenas notas, caerle bien a los profes, participar en todo. Empecé a entrar en proyectos, concursos, grupos... Y, para mí sorpresa, el líder de casi todas esas actividades era Rubén.

Intenté ignorarlo, actuar como si no me importara su presencia, pero fue imposible. Compartimos más horas, más trabajos, más pasillos. Fue entonces cuando tomé una decisión que nunca imaginé, me di la oportunidad de conocerlo de verdad.

Sentí una inmensa incomodidad al darme cuenta de que nada de lo que se escuchaba, ni de lo que yo creía saber acerca de Rubén, era verdad.

Rubén no era el monstruo que imaginaba, ni mucho menos el que mi hermano me había contado. Era un gran maestro. Vio en mí algo que ni yo misma sabía que tenía. Me empujó a escribir, a pensar, a hablar sin miedo, me cuidó, me escuchó y me tuvo paciencia. Y, casi sin darme cuenta, más que un profesor, se volvió mi amigo.

Empecé a disfrutar el pasar tiempo con él, a preguntarle por su vida. Y él me respondía quién era realmente Rubén. Me empezó a contar su historia, no en entrevistas formales, sino entre salones, vasos de café y esos silencios que también hablan.

—Soy de Cúcuta— me dijo una vez. Nací con un pie en Colombia y el otro en Venezuela. Dos monedas, dos himnos, dos formas de hablar.

Fue seminarista. Lo mandaron a estudiar a Medellín y luego a Bogotá para ser sacerdote, pero allá, alguien le dijo que no serviría para eso.

Mientras él hablaba, yo entendí su paciencia y esa nostalgia que, a veces, se le escapaba.

No se rindió. Se graduó en Filosofía, hizo una especialización y luego una maestría en Literatura. Y se quedó enseñando. Es separado, vive solo, tiene dos hijos, que casi no lo visitan y tiene nueve hermanos que ve muy poco. Ama el cine, los libros y las conversaciones que duran más de lo que deberían.

En sus escritos siempre aparecen sus recuerdos de allá: la frontera, el calor y la nostalgia por su tierra. Cada

Texto destacado

A través de una narración sensible, la autora transforma una experiencia cotidiana que se vive en los colegios, en una reflexión sobre los prejuicios, el valor de mirar más allá de las apariencias y el poder transformador de la educación.

que salía con él por el barrio, veía cómo todos lo saludaban con una gran sonrisa y lo miraban con admiración. Era serio al enseñar, pero increíblemente humano al escuchar. Veía potencial en todos, incluso en los que otros consideraban fastidiosos, perdidos o sin remedio. Y conmigo hizo algo que nunca voy a olvidar: confió en mí, cuando ni siquiera yo lo hacía.

Entonces, se volvió un juego entre nosotros bromear acerca de mi hermano y de lo que yo pensaba de él.

Gracias a él descubrí que me gusta escribir. Gracias a él encontré mi voz. Cada vez que veía mis escritos me hacía saber lo bien que escribía. Aún recuerdo el primer día que le mostré un poema que había hecho, y con una enorme sonrisa me dijo: “Esto está hermoso”. Apenas lo escuché, sentí cómo mi cara se ponía roja y mi cuerpo cosquilleaba de emoción. Hoy tengo un club literario donde enseño a los niños de primaria lo que día a día Rubén me enseña a mí. Participo más, pienso más, y me causa risa pensar en que me volví una de sus seguidoras.

El señor gruñón al que tanto le temía terminó siendo una de las personas más importantes en mi vida. A veces pienso que Rubén nunca cambió. La que cambió fui yo. Dejé de cegarme con los comentarios de mi hermano y empecé a acercarme. Y ahí fue cuando lo entendí: no todos los que hablan fuerte son malos; algunos solo han vivido demasiado.

Rubén no era un villano ni un santo. Era, simplemente, un maestro. De esos que incomodan primero y transforman después. Llegó a mi vida como una tormenta y se quedó generando calma. Sin saberlo, sembró palabras donde otros sólo vieron silencio, porque incluso en los barrios más rotos florecen palabras ■

Una estrella sempiterna

Juan Pablo Cruz Cano | I.E. Carlos Vieco Ortiz | Grado undécimo
Talleristas: Valeria Hernández Martínez y Luisa María Calderón Bedoya



Esta historia comienza a comienzos del 2019. Juan Pablo, un joven de pelo negro y rizado, ojos oscuros como una noche sin estrellas, un cuerpo delgado y unas gafas que resaltaban su entrada a la preadolescencia, empezaba quinto grado. Ese día encontró una persona nueva en el salón con la que conectaría casi instantáneamente y quien, con el tiempo, se convertiría en su mejor amiga. Se trataba de una chica con el cabello castaño y lacio que le llegaba hasta la espalda baja, con ojos cafés, como hojas en el otoño. Era un poco más pequeña que ese joven de apenas diez años y tenía un lunar característico en el cachete derecho. Ella provenía de un colegio ubicado en la estación del metro Estadio, pero, por temas de una mudanza, terminó en uno cercano a la estación San Javier.

¿Su nombre? No importa, no por el momento.

Pasó el tiempo, los chicos crecieron y empezaron a descubrir quiénes eran. En ese entonces, comenzó la pandemia del COVID-19 y los dos perdieron comunicación, pero, aún así, sabían que se tenían el uno al otro.

Durante este tiempo, ambos empezaron a hallar su centro, sus gustos y quiénes querían ser. Juan Pablo fue el primero en darse cuenta de qué era lo que quería en su vida; en cambio ella, quien siempre tenía todo bajo control y cuya determinación era más grande que el metro sesenta que medía, continuaba reacia a aceptarse, principalmente por su familia conservadora. Fue en mayo del 2020, cuando al fin supo quién era. Se cortó el pelo, empezó a usar ropa más holgada en lugar de los típicos vestidos color azul marino que se ponía cuando quería verse bien... Pasó de ser una chica a ser un chico y cambió su nombre. Se puso “Félix” en honor al gato negro que tenía de pequeño.

A pesar de llevar poco tiempo juntos, y del confinamiento, compartieron muchos momentos especiales. Por ejemplo, ambos se quedaban hasta tarde hablando en llamadas, viendo las estrellas y hablando de astrología. Una noche, ambos decidieron ponerse sobrenombres acerca de este tema: Félix le puso a Juan Pablo “Orionis”, igual que la constelación de Orión; Juan Pablo, con su corazón sentimental, le puso “Estrella sempiterna” ya que, desde ese entonces, estaba seguro de que ni el tiempo ni la distancia, le harían olvidar a Félix. Pensaba esto sin saber que pronto no le tendría más cerca.

Al estar en aislamiento, los padres de Félix notaron su cambio de comportamiento y un 23 de agosto, se dieron cuenta de lo que estaba pasando. Su reacción no se hizo esperar: trataron a Félix como un demonio, como si fuera el mismísimo hijo de Satanás. Empezaron las peleas verbales, que, a pesar de ser efímeras, cada vez eran más desgastantes. Al estar encerrados, Félix estaba entre la espada y la pared: su salud desmejoró, no comía y, muchas veces, se encontró en el hospital debido a desmayos ocasionados por la inanición. Por suerte, la pandemia cesó y las agas infestadas de odio y resentimiento se calmaron, al menos, por unos tres meses.

En marzo del 2021, los padres de Félix lo empezaron a llevar a “terapias de conversión” y a exorcismos ya que, en sus propias palabras: “ella estaba poseída” no sabía lo que era”. Juan Pablo estuvo para él en

cada momento, en cada situación y en cada pelea como apoyo. Quería que supiera que, al menos alguien, estaba de su lado.

Un 12 de julio, cuando Juan Pablo se enteró de que Félix había comenzado a autolesionarse, discutieron. Fue una pelea que no logró resolverse, porque Félix huyó como un alce a punto de ser cazado. Desconcerado, Juan Pablo le escribió varias veces, sin obtener respuesta hasta el 14 de julio, a las 10:00 p.m., cuando recibió un mensaje: “Estoy mejor, ya encontré la solución para todos mis problemas”. Su amigo, sin entender el verdadero sentido de esas palabras, se fue a dormir.

El 15 de julio a la 1:22 a. m. recibió un mensaje de texto diciendo:

Querido Pablo, gracias por siempre apoyarme en todo, por ser mi polo a tierra y por sacarme una sonrisa cada vez que hablaba contigo. Gracias por todo este tiempo de tu amistad. Sé que no me vas a perdonar, pero ya no soporto este rechazo que me carcome en mi interior.

Perdón por abandonarte, pero ya el destino jugó sus cartas, la parca está a mi lado, esperando a que las doce campanadas resuenen para que mi alma y mi conciencia se encuentren libres al fin.

Sólo quiero que no dejes de sonreír a pesar de las dificultades, que sigas ayudando a la gente y, cada vez que veas a un gato negro o a una luciérnaga sobrevolar un cielo estrellado, sepas que yo estaré ahí a tu lado, deseándote lo mejor desde otra parte.

Quiero que sepas que te quiero mucho y en otra vida volveremos a encontrarnos.

*Adiós, Pablo.
Atte: Félix.*

Al despertar, Juan Pablo recibió la temida llamada de los padres de Félix. No había nada que hacer para salvarlo.

Félix se convirtió en una luciérnaga llena de brillo, dispuesto a viajar por los cielos sin ataduras. Por fin, se convirtió en una de las muchas estrellas que hay rondando por el cielo, en una llena de fulgor. Después de tanto tiempo, al fin era libre de tanta presión y de tanto sufrimiento causado por la indiferencia y los comentarios de desaprobación.

Ese mismo día fue el funeral. Una herida se abrió dentro de Juan Pablo al ver en esa capilla con una luz amarillenta, tenue, un ataúd de madera de abedul en medio de la sala. Se acercó a la multitud que había y vio a la madre de esa pequeña estrella: una persona de mediana estatura, piel trigueña, ojos negros como la tinta, pelo largo y castaño. Una persona a la que Juan consideraba fuerte y de carácter explosivo. Una persona a la que vio por primera vez frágil, llorando de manera inconsolable. Estaba junto a esa caja, sufriendo por lo que ya estaba hecho, lamentándose de tanto dolor causado.

Juan Pablo se acercó al ataúd y vio el rostro de Félix ya pálido y sin ningún síntoma de vida. A pesar de estar en un descanso eterno, lo único que le quedaba a ese chico que alguna vez conoció, era una sonrisa. Esa sonrisa de paz y tranquilidad, de que no sufriría más. A pesar de todo, ese niño que conoció en quinto, que lo ayudó a tener más confianza, que hizo crecer en sí una parte que casi nadie hacía florecer, seguiría en su corazón y en su mente como una estrella brillante en el cielo, plasmada por los matices de su hermosa esencia ■

... ambos empezaron a hallar su centro, sus gustos y quiénes querían ser. Juan Pablo fue el primero en darse cuenta de qué era lo que quería en su vida; en cambio ella, quien siempre tenía todo bajo control y cuya determinación era más grande que el metro sesenta que medía, continuaba reacia a aceptarse...

Argemira: la de los labios rojos

Estefanía López Serna | I. E. Compatir | Grado décimo
Talleristas: Kevin Santiago Cardona Suárez y Ashley Delgado Roldán



Argemira Serna Gómez, una mujer de 78 años con un gran recorrido entre el campo y la ciudad. Se mudaba de casa en casa hasta que, con mucho esfuerzo y perseverancia, logró comprar la suya. Criada a la antigua, en una época de violencia donde se enseñaba a trabajar desde muy pequeño. Aprendió a resistir, a no dejarse ganar por las adversidades y a pelear para salir adelante. Su vida no fue fácil, su infancia no fue la mejor, pero de cada dificultad tomó la fuerza para convertirse en una mujer admirable y en la mejor madre. Se preocupaba por todo, pero siempre demostraba que sus hijos y sus nietos fuimos su prioridad. Tenía un remedio para cualquier mal y unas manos mágicas que hacían que todo supiera mejor. Sus hijos eran su jardín, que cuidó y cultivó con mucho esmero y amor.

Unas manos con arrugas y manchas, con más historias que los anillos que adornaban sus dedos. Las cadenas eran sus accesorios favoritos y escoger los aretes era una elección de suma importancia. Jamás salía de su casa sin los labios rojos, y aunque no saliera se los pintaba, como si fuera un ritual de buena suerte, y siempre dejaba marcas rojas en las mejillas de todos.

Le gustaba recordar cómo, en su juventud, llevaba un cabello largo y unas uñas que cuidaba con mucho orgullo, el mismo con el que hablaba de su familia. Le encantaba arreglarse, tenía una elegancia innata, de esas que no dependen del dinero, sino del porte. Siempre fue muy “pinchada”, segura de sí misma y orgullosa de lo que era. Tenía ese tipo de belleza que venía de la actitud, de cómo caminaba, de cómo sostenía la mirada.

Vivía las emociones con la misma intensidad con que bailaba. Tenía un temperamento fuerte, poderoso como las tormentas del campo que la vieron crecer, capaz de poner orden en toda la casa. Detrás de esa fuerza había una gran sensibilidad que le hacía imposible guardarse las lágrimas, se volvía débil ante la tristeza. Y si algo la hacía feliz, se lo gozaba con una alegría que contagiaba a todos.

Disfrutaba de tomarse unos buenos tragos de licor, motivada por las fiestas con la familia y por la música que la acompañaba desde niña. Le encantaba salir sin avisar a dónde iba, disfrutaba esa pequeña rebeldía, pues la mantenía joven. Si alguien se atrevía a decirle: “ya no estás en edad para esas cosas”, se ganaba su buen regaño, porque a ella nadie le ponía límites. Por eso dolió tanto verla dejar de salir, de disfrutar la música, de bailar menos. Se cansaba más. Las cadenas se quedaron guardadas en su cofre y los labios perdieron el color rojo. Su alegría seguía ahí, en cada visita y en cada llamada, pero fue inevitable que la enfermedad empezará a apagarla poco a poco. Nunca perdió su orgullo ni su esencia. Incluso enferma, encontraba la forma de sonreír y preguntar por todos, como si cuidar a los demás fuera su manera de seguir viva.

Aún recuerdo aquel 11 de mayo de 2025. Parecía ser un domingo común y corriente, pero terminó siendo el Día de la Madres más especial de mi vida. En ese momento no sabía lo valioso que era escuchar las risas de mis tías en la cocina, los chistes de mis tíos en la sala, las historias de mis primas que llenaban la habitación. Tampoco imaginaba lo importante que sería haber posado para aquella foto al lado de mi madre y de mi abuela. No lo sabía en ese momento, pero sería su última fiesta, la última vez que la vería lucir uno de sus hermosos vestidos, reírse con sus hijos, dar su último y más bello baile con el mayor de sus esfuerzos.

En cuestión de días, la alegría de la casa se transformó en silencio. Los pasillos donde antes sonaban risas e historias se llenaron de sollozos. Desde la mañana, todos compartimos un presentimiento amargo que no podíamos ignorar. La noche anterior, cuando ella se negó a comer, fue una señal de que algo no estaba bien. Nos hizo permanecer allí, al lado de su cama, con el miedo constante de qué pasaría si nos alejábamos de ella, aunque fuera por unos minutos. Pasamos toda la noche escuchando su respiración débil. Todos sabíamos lo que iba a pasar, pero nadie estaba preparado para aceptarlo.

Cada suspiro que soltaba se sentía como un rayo de esperanza, como si cada inhalación prometiera un instante más. Vivíamos un dilema insoportable entre decir: “sé que estás luchando, pero estás sufriendo, por favor ve a descansar” y “por favor quédate un poco más, te necesito, no estoy lista para dejarte ir”. Fue un momento tan tenso, tan doloroso, que me desgarraba. Era la impotencia más grande que había sentido en la vida. Y entonces ocurrió. Su respiración se detuvo, y en ese instante todos nos rompimos. El tiempo se detuvo con ella. Con un simple suspiro, todo cambió, todo se derrumbó. La casa ya no era la misma; el corazón de la familia dejó de latir. Ni todos los

abrazos del mundo bastaban para consolarnos. Aunque estábamos juntos, vivimos la soledad más grande de todas. El 20 de mayo de 2025 la despedimos, y con ella, también, a la alegría, a la unión y a la vitalidad que nos mantenían de pie. Fue un adiós que sabíamos que llegaría, pero que nadie estaba preparado para afrontar. Un cambio drástico, cruel, que costaba asimilar. Hijos y nietos seguimos reuniéndonos en su nombre. Aunque nadie estaba realmente preparado para volver a reír sin ella. Lo intentamos, porque nada entristecía más a mi abuela que ver a sus hijos en un mal momento. Y aunque que todos tratamos de seguir adelante, ¿cómo se suponía que lo lograríamos sin su compañía?

Antes, las reuniones familiares estaban llenas de música que invitaban al baile, al chiste y a las historias, pero ahora la música es el fondo que oculta el silencio y las lágrimas de los invitados a la mesa ■

El error

Valentina Giraldo Molina | Colegio VID | Grado noveno
Talleristas: Vanesa Ibarra Toro y Samuel Alejandro Osorio Parra



Ilustración: Estefanía Montoya

Ya eran más de las ocho de la noche en el barrio Tricentenario e Inés no había regresado. Acababa de entrar al edificio en el que vivía, que se estaba cayendo a pedazos. Todavía andaba envuelta en el vestido viejo y desteñido lleno de manchas de barniz, que usaba de uniforme para su labor de profesora de artes en dos o tres colegios distintos, donde trabajaba para el sustento de su familia. Subió con torpeza las escaleras, cuesta arriba hasta el tercer piso, sosteniendo el bolso destastado repleto de útiles poco destacables y con la mirada fija al suelo.

Al entrar, vio a su esposo, padre de sus cinco hijos, echado en el sofá cual haragán, no le dio importancia. Se había acostumbrado a ser madre y padre a la vez; era eso o que su marido, bebedor —pues prefería ser un borracho conocido que un alcohólico anónimo, como bien decía— y desempleado permanente, estuviera a cargo de la casa. Pasó de largo y entró a la cocina a hacer la comida, como de costumbre. Los tres niños estaban afuera, jugando en cualquier charco de lodo, mientras que las dos niñas todavía estaban encerradas en sus alcobas. Mientras Inés se ponía a hacer el sancoco, el viejo emergió del sueño y reconoció a su mujer en la penumbra. Inmediatamente, se levantó con un crujido de los huesos y exclamó, apoyado contra la jamba de la puerta:

—No sirve ni pa' cocinar, que es pa' lo único que sirven las mujeres.

—¡Váyase pues, hijueputa! —respondió Inés.

Con un giro que no esperó, la reacción de Alberto a aquella respuesta fue un rápido golpe con el puño cerrado. La sangre le corría por toda la cara de Inés, le brotaba de las fosas nasales, un charco de sangre se esparcía en el piso de la cocina.

Ella ya había aguantado lo suficiente. Alcanzó el portacuchillos con tal ímpetu que casi lo vuelca, y agarró el cuchillo de cocina más grande que pudo ver. Lo agitó dos o tres veces en amenaza, hasta que Alberto finalmente bajó el puño. La miró inexpresivamente y se marchó hasta su habitación. Al minuto regresó esta vez a paso rápido con un enorme machete, aquel que mantenía fielmente debajo del colchón, desde que había venido a la ciudad. Ella sabía que el asunto se le había salido de las manos. Y lo peor, al menos para una madre, era que sus hijos estaban en peligro.

A duras penas pudo agarrar a la menor entre los brazos y arrancar a correr hasta el apartamento de enfrente, puesto que su vecina había escuchado la bulla y, conociendo a Alberto, asumió lo peor. La mayor seguía dentro de la casa, y a pesar de que Inés gritaba desde la ventana para que “dejara que la niña saliera”, la niña no tuvo más remedio que esconderse debajo de cualquier cama para huir de la hoja del machete de su propio padre. Los tres muchachos ni por enterados se habían dado.

Inés por su lado, pasó la noche en la casa de aquella vecina, quien pese a darle refugio decidió reprocharle por el error que cometió al haber escogido a aquel haragán de marido. Bien sabido es que la angustia por el futuro y bienestar, tanto propio como de sus hijos, es compartido por numerosas mujeres como una herencia, quizá, una condena, tal vez impuesta por una ofensa no mayor a la de haber nacido como una mujer y que, con ello, se le acercara una vida de servitud sin convenio ni pregunta.

¿Cuándo le habían robado la luz de los ojos a aquella niña que corría por el estudio de su padre durante algún verano de los años cincuenta? La respuesta posiblemente no yacía en ningún lugar en específico: se encontraba impregnada en la cocina, donde se le había reducido; en el cuarto de atrás de su antigua casa, donde planchaba ropa hasta que le salían ampollas en las manos desde una tierna edad; en el hospital, donde le recomendaron

reposo y “aguantarse” ante una dolencia, se encontraba en la partera, la enfermera, su propia madre, y sus compañeras en el oficio docente, quienes al igual que ella luchaban para pagar el arriendo, solo para que al final sus jefes cobraran cheques con cantidades exorbitantes de dinero extraído del trabajo que no hicieran.

Todavía recordaba aquella vez en la cual su propio padre le ordenó cumplir con su labor, cuando tocó la puerta de la casa con la cara cubierta de moretones y sangre. Igual que recordaba el rito infantil de asentir con la cabeza cuando alguna tía le decía que su vida dependía en encontrar un buen marido. Las otras mujeres la calificaban de estúpida, pues sencillamente: ¿quién se casaría con un bueno para nada y, además, abusador?

Sin embargo, su decisión de contraer nupcias con un vago no era aislada. ¿Por qué no casarse con él, si se le había inculcado que su propósito de vida era casarse y tener hijos? ¿Cómo podría dejarlo, si sus suegros, igualmente hartos de su hijo, le traían el mercado que nunca podría permitirse ella misma con su salario modesto?Y, sobre todo, ¿cómo podía dejarlo si habían cinco hijos de por medio, una de las cuales fue amenazada durante un arrebato de separación?

Tenía el corazón en un puño y bombeando sangre fría cuando caminó a la comisaría de policía, todavía con el uniforme de maestra, que no había alcanzado a quitarse. Aunque su vestimenta era poco notable en comparación con la sangre seca acumulada en su nariz y los dos moretones debajo de los ojos. La cara le quedó hecha nada. Igual que mi vida después de que me casé, recordaría, solo medio bromeando años después. Aún así, el rostro golpeado seguramente era evidencia para la denuncia.

La comisaría estaba silenciosa, quien la atendió fue un policía con la fachada de profesional. Tras hablar con aquel hombre, quien no hacía más que mirar con una mezcla de burla y disgusto por cuatro minutos y medio, finalmente escuchó la confirmación. El aval que tanto temía, pero que tan esperado era:

—Usted arregla eso con él debajo de las cobijas.

Inés recordaba claramente esas palabras, aunque hubieran pasado décadas desde aquella ocurrencia y desde su inminente divorcio, doce años después. Contó y repitió aquella historia a sus tres nietas, esperando que no cometieran el mismo error que ella... incluso si no podía explicar cuál había sido su “error”.

Recordando la historia por centésima vez, Violeta, su nieta del medio, repasaba los detalles, pues la había escuchado tantas veces que incluso, el diálogo y el lugar, podía recordarlo de memoria. Notaba, además, decenas de paralelismos entre aquella tormentosa historia de los años ochentas y la actualidad. Veía cómo la gente hacía muecas de desaprobación en cuanto escuchaban textualmente las palabras del policía o de don Armando durante el pleito; y veía, también, cómo esa gente aún repetía a sus hijas, sobrinas y nietas: “Casarse es lo que usted debería hacer más bien, ¿no cree que se le va a pasar el tren?”, o que seguía contándole historias como la de doña Inés, con la nota: “Vea, pa' que escoja un buen hombre”, como si ese hubiera sido su “error”. Como si justificara lo que le pasó. Como si fuera una decisión plenamente libre, hecha en un vacío, donde no existió más interferencia.

Y así, Violeta dejó de lado el lápiz y, mientras pensaba en aquel relato y en la ironía de las reacciones de algunos, no pudo sacarse de la cabeza: ¿Acaso ser víctima es un error? ■

*En este texto se han cambiado los nombres de las personas implicadas por temas de seguridad.

Toño y sus mil trabajos



Manuela Villa López | I.E. Fátima Nutibara | Grado décimo
Talleristas: Kevin Santiago Cardona Suárez y Ashley Delgado Roldán

En las empinadas calles del barrio Campo Valdés, al nororienté de Medellín, por la calle 50, existe una casa de dos pisos cuya fachada, revocada y pintada, es como la de cualquiera, pero tiene una excepción: el balcón del segundo piso está adornado por unas tejas. Allí vive Jose Antonio, más conocido como Toño, un hombre que hoy, ya jubilado, ve lo que ha hecho en la vida y se siente orgulloso. Toño trabajó en muchas partes y en muchas cosas: fue carpintero, mecánico, constructor, pintor y hasta mayordomo de una casa, pero eso sí, en ninguno de esos lugares tuvo un horario fijo que lo amarrara durante todo el día; entraba y salía a la hora que deseaba. Esta es la historia de cada uno de los empleos que lo marcaron.

Su primer trabajo, fue en tercero de primaria, ayudando a su papá con la construcción del segundo piso de la casa. Debido a esto perdió este grado dos veces. Mientras otros niños de su edad jugaban a ser Pedro Picapiedra, Toño tenía que trabajar como un constructor real: revolver cemento con arenilla, revocar, resanar, y, sobre todo, soportar el polvo que se colaba en sus pulmones. No importaba el cansancio ni las tareas pendientes, era su casa la que estaban construyendo, y por eso, al pequeño no le importaba.

—Yo llegaba a mi casa y era ponerme a echar pala rápido para hacer el segundo piso, ¿sabe cuánto lleva esta casa? Por ahí más de 50 años.

Cuando tenía 12 años, empezó su segundo trabajo, en una carpintería en Prado Centro, donde arreglaba o fabricaba cualquier cosa relacionada con este oficio, desde mesas y sillas, hasta adornos. Por ese entonces, al iniciar el bachillerato, decidió dejar el estudio para dedicarse al trabajo, acompañar a su papá y ganar su propio dinero. Él sabía que, en esos tiempos, la plata era la prioridad. Esa labor como carpintero fue muy especial para él; sin embargo, con los años, se dio cuenta de que le estaba haciendo mucho daño a su salud. Eso lo obligó a empezar con su tercer trabajo: pintar con un compresor, aunque el problema fue el mismo, pues las condiciones laborales y la falta de medidas de protección, lo afectaron. Fue ahí cuando Toño se dio cuenta de que, si no cambiaba de trabajo cada cierto tiempo, su salud seguiría deteriorándose. Así que renunció. Sin embargo, su mamá, firme, le dijo que no podía quedarse en casa calentando cama, entonces el Toño joven, de unos 20 años, se fue al taller de mecánica de su medio hermano, de quien aprendió a cambiar la fachada de los carros, a arreglarlos y a manejar la parte eléctrica.

Este trabajo, en el que el olor a tiner y gasolina eran más que potentes que el olor a un perfume, era en la calle Perú, en el Centro de Medellín. Toño relata que tenía que tener el “paquete completo”, es decir, saber arreglar, cambiar piezas y manejar la electricidad de los carros, pues podían llegar desde quienes necesitaban un cambio de latas hasta

los que solicitaban que la pila fuera reparada. Entre esos vehículos estaban los que traían felicidad a los medellinenses, como el carro de La Noel, pero también aquellos que llevaban terror: Toño tuvo que arreglar carros que marcaron la historia de la ciudad, como del F2 y del DAS, los cuales, a veces traían vidas inocentes arrebatadas en las calles de Medellín. Por ese entonces, Toño supo, por los vecinos y las noticias de los periódicos, que la ciudad vivía días difíciles.

A sus 56 años, el medio hermano de Toño decidió cerrar el taller, pero esa labor no terminó ahí. Ambos se fueron a Doradal, un municipio de Antioquia, donde montaron un nuevo taller. El negocio creció rápidamente y comenzaron a llegar carros muy bonitos y de gama alta. Un día descubrieron que el dueño de esos vehículos era Pablo Escobar y que, además, esos eran “carros de viaje”, es decir, entre las puertas, el techo y los parales de estos, escondían cargas de drogas. En ese momento, según cuenta, la policía o el ejército, eran fuerzas cercanas a Escobar y, que incluso, la guerrilla no les hacía nada por tratarse de los carros del narcotraficante. Sin embargo, este trabajo terminó a mediados de 1987 cuando empezó la guerra del cartel de Medellín y el de Cali: estos últimos, a través de una carta escrita en un tono formal, con excelente caligrafía y ortografía, los amenazaron con hacerles daño si seguían trabajando para Pablo Escobar.

Toño nunca se imaginó trabajar con alguien que era sinónimo de peligro y violencia, más aún, sabiendo que esa persona tocó la puerta de muchas casas para cobrarse una vida. Y él, que nunca le hizo daño a nadie, sí se hizo daño a sí mismo, sintiendo cómo se traicionaba en este proceso aunque, como cuenta, tenía que continuar con esta labor para sostener a su familia.

Con el tiempo, Toño dejó atrás ese capítulo y siguió un último trabajo: mayordomo de una casa en Prado Centro, grande y bonita como muchas de ese barrio. Su labor era más simple: revisar que todo funcionara bien. Si algo se dañaba, contrataba a alguien

que lo reparara, si la tina del baño se rompía, Toño llamaba a un plomero; si un florero se quebraba, lo reemplazaba. Ese trabajo también le dejó buenos recuerdos, pues, además, a su jefe le gustaba agradecer a sus empleados haciendo fiestas para ellos. Allí permaneció Toño hasta que se pensionó.

Hoy, con 78 años, trabaja en su casa, y lo hace de la manera más auténtica con lo que aprendió a lo largo de su vida. Si se cae una puerta, la vuelve a poner con destornillador. Muchos piensan que a esta edad la gente no se acuerda de nada, pero están equivocados, Toño es la excepción: él no ha olvidado todo lo que le costó convertirse en lo que es y, por eso, dice con orgullo: “Lo único que no se le borra a uno es el arte que uno aprende trabajando”■

Ilustración:
Estefanía Montoya



Texto destacado

Se destaca este texto, por su prosa sentida y delicada que da vida a dos historias, que el lector siente vivas en las letras. La cadencia de la narración permite recorrer cada calle con los personajes y al final, comprender la fuerza del ritual nocturno de mamá y papá. Es una escritura que crea imágenes, que cuida los detalles, que evoca en la sencillez de los momentos la grandeza de las rutinas.

Rutina

María Camila Velásquez Jaramillo | I.E. Compartir | Grado décimo
Talleristas: Melany Bedoya Montoya y María Antonia Quintero Arango

Son las 3 de la madrugada, don Didier de manera silenciosa se prepara para irse a su trabajo, se baña se afeita y se acicala. Llena su botella de agua solo hasta la mitad, él dice que si la llena del todo supera el peso que puede cargar. Se despide de su esposa y así sin más sale de su casa en una bicicleta que, aunque vieja es agradecida. Pedalea durante una hora y media desde San Antonio de Prado hasta la Clínica Occidente, este medio de transporte es mucho mejor porque tarda menos tiempo que en transporte público. Llega allí sin una pizca de cansancio y mucha motivación para empezar su día laboral, pues cocinar es su pasión, entonces lo hace con alegría y entusiasmo.

En su lugar de trabajo, la mayoría de las personas son mujeres jóvenes, él y un muchacho, que se encarga de bajar la mercancía, son los únicos hombres en toda el área de alimentación; esto no le molesta en lo absoluto pues su vocación está en la cocina. Es un hombre de pocas palabras, pero bien utilizadas. Consiguió su título de chef estudiando en las mañanas y trabajando en las noches. Un hombre al que le gusta hacer las cosas bien. Ama la naturaleza, pero detesta el calor. No tiene paciencia, para hacer trámites parece un niño cuando las filas le hacen temblar las piernas. Le encanta poner apodos a las personas, según él así recuerda quienes son porque aprenderse tantos nombres le parece imposible.

Cuando acaba su jornada laboral, empieza con el ritual de regreso: va a su locker y cambia su uniforme por la ropa de civil. Esta consta de una pantalóneta con una calidad excelente, pues el tono desteñido de sus colores y algunos agujeros sutiles, indican que es más vieja que yo, junto a esta, una camisa de tela cómoda. Agarra el bolso que pareciera que no suelta ni para dormir y se va al parqueadero a buscar su bicicleta, mientras ve cómo salen carros y motos, él pasa sin vergüenza alguna con sus dos ruedas y motor humano anclado al pedal. Luego de rodar durante un largo rato, observar el camino de regreso y rumiar sobre su día. Llega a su casa, al tocar la puerta lo reciben su esposa y sus mascotas Freiya y Valkiria. Como es un hombre de rutina, también tiene un paso a paso para el hogar: lo primero que hace es bañarse, se pone ropa de pijama, se toma un café y se queda descansando hasta que sus ojos empiezan a pesar.

Al siguiente día, doña Liliana se despierta cuando el efecto de su somnífero ya ha pasado y el dolor en sus caderas es mayor a lo que puede soportar. Una vez de pie, tiende su cama, ella dice que esa es la única manera de empezar el día con el pie derecho. Se lava los dientes para dirigirse a la cocina, tomar un tarro enorme lleno de agua que reemplaza las gaseosas y bebidas sintéticas, pues dice que sus riñones ya sufren bastante debido a todas las pastillas que toma, como para maltratarlos más con bebidas como esas.

Cuando tenía 28 años se dio cuenta que las malas decisiones de su pasado la habían alcanzado, le detectaron diabetes tipo uno e hipertensión. Según el médico, esto fue el resultado de una novicia alimentación, un estilo de vida poco saludable y un embarazo de alto riesgo. Ella reniega de las actitudes de sus hijos, diciéndoles: “estudien, para que trabajen y no sean como yo, alguien que lleve toda su vida luchando por los demás, que se sacrifica para que los otros puedan estar bien”. Esta enseñanza viene inspirada en las labores de su día a día, se dedica principalmente a arreglar su casa, cuidar de sus mascotas y acudir a sus gimnasias, en una de ellas participa casi de incógnito, porque para estar allí debía tener mínimo cincuenta años, y a ella aún le faltan unos largos años para llegar allí. No ha querido comprarse un uniforme, aunque le he insistido lo importante que sería para llevar la identidad del grupo, siempre me responde “eso pa’que, si me pongo ese uniforme solo me recordaría día a día lo vieja que estoy. Aún sin uniforme yo pertenezco ahí”.

Luego va a Ditaíres y ahí hace hidroaeróbicos en la clase de las 5 p. m., sus compañeras son unas señoras bastante adultas, pero con una vitalidad sorprendente. Apenas sale de la piscina se ducha para quitarse el cloro del cuerpo, se viste y las señoras la invitan a tomar café con pan o un buñuelito, para vencer el frío, pero en la mayoría de las veces ella se niega, porque a ella no le gusta estar pegada de nadie. Se dirige a su casa, a veces toma el bus que llega directo: el que vale 4.500 pesos. Pero otras, simplemente toma el circular que solo vale 2.000 pesos. Al bajarse del bus, baja una loma larga y empinada, pasa por la portería y sube 3 pisos. Cuando por fin toca la puerta, las más emocionadas son sus perritas.

Se pone su pijama y se acuesta al lado de su esposo, que está combatiendo con el peso de sus párpados, para contarle cómo fue su día y escuchar cómo fue el de él. A las 8 pm sintoniza el canal Caracol. Ellos con voz de expertos en el tema ven, sienten, gritan y pelean con el televisor. Liliana y Didier, esposos desde hace más de 7 años, se encuentran cada noche para ver el Desafío, no importa si están cansados, peleados, si se odian o se aman. No hay noche sin este programa de la televisión colombiana.

Este es un momento único e irremplazable, ver ese programa televisivo ya no es parte de la rutina, sino una tradición. Ellos son súper humanos de la cotidianidad, ellos no necesitan un título, un grupo, una camiseta de color ni una cámara al frente para demostrar de lo que son capaces. Sus retos físicos están en el ejercicio diario, en las decisiones que han tomado por mí, en sus preciadas rutinas que los llevan uno directo al otro para su cita de las 8 p.m., en que son equipo, sin importar lo que suceda en la arena de juego de la vida.

Ellos son mis papás.

Con mucho amor, de apañawela para mis padres■

Ellos son súper humanos de la cotidianidad, ellos no necesitan un título, un grupo, una camiseta de color ni una cámara al frente para demostrar de lo que son capaces.



Camino de estrellas bajo sus pies

David Alejandro Marín Godoy | I.E. Presbítero Antonio José Bernal | Grado undécimo
Talleristas: Vanesa Ibarra Toro y Samuel Alejandro Osorio Parra

Ilustración:
Estefanía Montoya

La noche era fría. En su pieza, sucia y desordenada, con su cama, solitaria y destendida, había un silencio denso, pero en su mente los ruidos de sus pensamientos no se lograban acallar. “Si no grité y si no lloré fue porque no quise despertar a nadie... ¡Qué gonorreia que mi abuela se dé cuenta de que me quiero matar!”. Estas no eran palabras que se pudieran pasar por alto, y más sabiendo que éramos pocos los que decidimos escucharlas. Estas palabras eran de Sebastián.

Eran las 9:00 p.m. y ni su pieza ni su irrompible silencio le daban alivio, sino asco y frustración porque le recordaban todo lo que había tenido que tragar y silenciar con dolor; todo lo que, sin gritos, no sabía expresar. Por eso, decidió salir de su casa en busca de aquella que siempre se le presentó como compañía y no sólo como opción: la calle, ese mismo lugar donde desde niño supo ser feliz, donde conoció el rap, el fútbol, a sus amigos, donde se conoció a mí.

A Sebastián lo conozco desde que soy un niño, desde que no me dejaban juntar con él, hasta el día de hoy, en que, tras muchos años, nos convertimos en hermanos. Él es un joven de 18 años, moreno, delgado, pero con un físico bastante atlético y lo suficientemente alto como para que nadie se atreva a pasar por encima suyo. Sus ojos son negros, poco expresivos, pero, en el lugar que sea que los vea, siempre sabré que le pertenecen. A sus brazos, que casi siempre se encuentran cubiertos por un buzo, rara vez se ve su forma o aquellas extrañas cicatrices que empiezan en su muñeca y terminan recorriendo su antebrazo.

Desde pequeño, la calle lo había cuidado mejor que su propia casa: esa donde las peleas, los gritos y la violencia eran el pan de cada día; esa donde Sebastián nunca se sintió seguro. Por eso, para él, la calle era paz, respiro y tranquilidad; allí no lo juzgaban y nunca estaba solo; siempre se sentía querido y feliz como todo niño debe serlo.

Sebastián, quien durante mucho tiempo vivió frente a mi casa, en el barrio El Playón, tuvo que mudarse a Bello. Dejó atrás el lugar que lo vio crecer y conoció de cerca sus problemas; el barrio donde nunca fue un extraño y donde todos sabían quién era: el nieto de Consuelo, el niño que se mantenía por ahí, al que de chiquito lo pisó una moto y perdió un riñón, el pelado moreno que es amigo de todos, el que, cuando juega fútbol, corre más que todos.

Niquía es un lugar silencioso, pero no necesariamente tranquilo. Resulta más ameno en la noche, en los momentos en que no es transitado por mucha gente, cuando los andenes planos y resquebrajados no conducen a ningún lugar en particular, donde la gente como Sebastián sale a caminar buscando respuestas.

Sebastián no era de allí. Esa noche, al caminar, notó sus pasos lentos, bastante tranquilos como para ser suyos: consistentes y sin dirección. Llovía eternamente, la misma noche en que su sollozo se transformó en llanto. Flotaba por las calles y se movía entre decenas de rostros empapados por la lluvia, por lo que nadie identificó su rostro lleno de lágrimas. No parecía sorprenderse cuando notó que se hallaba lejos de casa. ¿Qué tanto? Bastante, tanto que ya no se veía nada más allá de las lejanas y parpadeantes luces de la cancha. Se encontraba en un monte, en una parte alta, arriba, muy arriba: “en la puta mierda”.

Las partes altas de Niquía funcionan muchas veces como miradores,

donde se observa gran parte de Bello: los centros comerciales, los poli-deportivos, la carretera siempre transitada y congestionada. Entre todo esto, él fijó su vista en el suelo mojado que, junto a las luces encendidas de todos los autos, formaba en la superficie un reflejo del cielo: un camino de estrellas bajo sus pies.

El viento soplaba con fuerza; el frío y las gotas le pegaban en la cara. Allí, por primera vez en la noche, sintió el silencio de verdad: no el de su pieza, sino uno más profundo, el silencio de la calle a la cual él ya no le importaba, la calle que para él ya no era refugio, esa calle que, a través de la lluvia, pareció escupirle el rostro en cada oportunidad que tuvo.

Sentado, con los ojos fijos en la carretera, se hallaba ahora en el lugar donde no había nadie. Sobre él, el cielo oscuro y tormentoso; frente a él, el abismo donde todo pudo terminar. El frío viento hacía temblar sus brazos; la ropa sucia y mojada se le pegaba al cuerpo, y los dedos, fríos, apenas podían cerrarse. Miró el abismo y, por un instante, no vio oscuridad sino calma. La lluvia caía más despacio, como si también se cansara de golpearlo. Abajo, las luces parecían moverse, confundidas con las estrellas, y él pensó que tal vez el cielo y la tierra no eran tan distintos, que en algún punto se tocaban. Cerró los ojos. El viento frío ya no le hacía sentir dolor. Todo se sentía liviano, como si su vida, llena de dolor y sufrimiento, por fin decidiera darle un respiro. Sin abrir los ojos, se paró sobre la roca y, dando pasos lentos, se acercó al abismo. Pensó en su abuela, en las risas de la niñez, en el balón rodando entre el polvo y, por primera vez en mucho tiempo, no sintió culpa. Sólo paz.

Sin abrir los ojos, se paró sobre la roca y, dando pasos lentos, se acercó al abismo. En cada paso dejaba un recuerdo, y mientras avanzaba sentía su alma caminar a su lado. Ella le hablaba en silencio, le mostraba rostros, momentos, risas; le recordó a su familia, a sus amigos. Espero que también le haya hablado de mí. Al llegar al borde, el alma se quedó quieta. No dijo nada más. Él pensó que ya no había nada, y en esa certeza sintió que, por fin, todo había terminado.

El viento seguía soplando cuando escuchó una voz detrás de él, lejana, temblorosa, casi quebrada por la lluvia.

—Oe, marica, ¿qué hace ahí?

No volteó. Pensó que era su cabeza. Pero la voz volvió, más cerca, más asustada:

—Gonorreia, bájese de ahí... no sea marica, venga pues.

Eran dos de sus parceros del barrio, los mismos que siempre llegaban tarde a todo menos a esto. Lo habían estado buscando desde hacía rato; alguien dijo que se había ido solo, sin celular, y se preocuparon.

Giró lentamente, y entre la niebla y el agua los vio: empapados, con la respiración cortada, los ojos bien abiertos. No decían nada, sólo temblaban, mirándolo con ese miedo que no se disfraza. Sebastián bajó la mirada. Por un segundo sintió que el aire frío le hizo doler el pecho de nuevo. Supo que aún estaba vivo.

Nadie habló más. Solo se quedaron ahí, tres figuras mojadas bajo la lluvia. Esa noche no hubo milagros, solo un “quédese” que nunca se dijo, y con eso bastó.

Esa noche, y frente al lugar donde todo pudo terminar, Sebastián decidió vivir ■

... él fijó su vista
en el suelo mojado
que, junto a las
luces encendidas
de todos los
autos, formaba en
la superficie un
reflejo del cielo: un
camino de estrellas
bajo sus pies

Cartas para volver a caminar

Sofía Gutiérrez Cataño | Escuela Normal Superior de Medellín | Grado décimo
Talleristas: Ana María Arango Ortega y Susana Arcila Jiménez

Recuerdo cómo fueron mis primeros pasos, esas veces en que me enseñaste a caminar cuando era pequeña, mientras mis padres trabajaban. Me tomabas de las manos y me decías que no tuviera miedo. Me hablabas de tu vida, recordabas cuando tuviste que andar descalza, recoger café, cuidar a tus hermanos y sobrinos, cómo viviste con mi abuelo; también evocabas con sonrisas aquellas veces en las que cargaste a tus hijos sobre tus piernas.

Con el tiempo fui creciendo y dejé de verte tan gigante, pero aún recuerdo haberme dormido sobre tus piernas y caminar juntas del colegio a la casa. Algunas veces se me vienen recuerdos de esa casa en la que me cuidabas, en Manrique Oriental: un segundo piso, diagonal a mi preescolar, con baldosas rojas y amarillas, piso frío y desgastado, paredes beige con muebles grandes y un televisor en medio de la sala, hasta donde llegaba el olor de siempre, a jabón de lavanda y café recién hecho. La cocina era pequeña pero estaba llena de vida y recuerdos: allí nos preparabas frijoles, sudado de pollo y sopa de arroz. Nos recordabas que una forma de amarnos era cocinar para nosotros. Mientras revolvías la olla, el aroma llenaba todo el lugar. Yo me quedaba hablando contigo, observándote, con la certeza de que no había lugar más seguro, que a tu lado.

Con mi primo Alejandro solíamos jugar en el patio. Pasábamos juntos la mayor parte del tiempo, en esos días de infancia apenas nos estábamos conociendo y creciendo juntos. Esos pequeños instantes los recuerdo con lucidez. Lo unidos que éramos, esas tardes en las que corríamos y reíamos, inventando historias con personajes de películas. Eran momentos en que nos mirabas con ternura desde tu habitación y luego te unías a jugar con nosotros.

Hace unos pocos meses, en septiembre, todo cambió. Te llevaron a la Clínica Medellín de Occidente, por una herida en la planta del pie. Al parecer, en vez de curarse, avanzó más y pasaste veinte días internada. Recuerdo la primera vez que te visité: te vi débil, cansada, pero con esa mirada que muestra la fuerza y el valor que siempre llevas. A la siguiente semana me dieron la noticia de que podrías perder una pierna. Ese día, el silencio llenó la casa y el hospital en donde te encontrabas. La noticia llegó mientras estábamos en nuestro hogar —todos menos Marcela— intentando mantener la calma. Marcela, mi tía, fue la que estubo a tu lado. Nos contó que lloraste al recibir la noticia, que no sabías qué decidir y que tomarías la decisión al día siguiente, el 6 de septiembre. Repetías que no querías perder tu pierna. Fue muy duro, pero los médicos te explicaron que era lo mejor para ti, pues no había otra forma de salvarte la vida. Aunque al principio nos costó entenderlo, te llenaste de valentía y aceptaste la cirugía. Indudablemente, no podía dejar de pensar en esos primeros pasos que dimos juntas, en esos momentos en los que el tiempo parecía avanzar al ritmo de nuestro andar agarradas de la mano.

Recuerdo ir al hospital a visitarte; el camino hacia allí se me hizo eterno. Recorrer la ciudad con ese aire de nostalgia y caminar por los pasillos que me llevaban a tu habitación, donde abundaba la tristeza y la incertidumbre, fue abrumador. Llegué a tu habitación y lo único que pude hacer fue saludar y aguantar las lágrimas para que tú no lloraras más. No solo sentí nostalgia por no ver tu pierna derecha, sino porque percibí en tus ojos una tristeza inmensa, como si temieras no volver a ser la misma. Al mismo tiempo, noté en ti una nueva fuerza, una serenidad que me enseñó el verdadero significado de resistir. No te vi como cuando era una niña, sino que esta vez te vi como alguien vulnerable, y lo único que pensé es que ahora era a ti a quien tenía que apoyar para caminar.

Hace dos meses que saliste del hospital, a finales de septiembre. Fue un momento muy triste y feliz a la vez: triste porque pasaste mucho tiempo sola y feliz porque ahora estás rodeada de todos los que te amamos. Ahora vivimos juntas, esta vez no en tu casa sino en la mía, en Villa Hermosa. Una casa llena de pasillos largos y escaleras, con una nueva cama y una silla de ruedas. Ahí estás tú, una mujer que un día me cargaba en sus piernas, pero que está más débil, con más años



y con las huellas que ha dejado este camino. Te acompañé en tu recuperación, hablamos mucho sobre cómo fuiste muy feliz de joven a pesar de tus pocos recursos, y aún más cuando te casaste con el abuelo Fernando, viviendo entre sueños. Hoy sueñas con volver a caminar y hacer las cosas que tanto te gustaban.

Querida abuela, sé que ya no eres la misma, ni yo lo soy. Sé que ahora no vivimos con un paso más, sino con uno menos. Ahora no son mis primeros pasos, sino que serán los tuyos. Vamos juntas, aprendemos este nuevo andar, agarrando fuerte nuestras manos. ■

Mientras revolvías
la olla, el aroma llenaba
todo el lugar. Yo me
quedaba hablando
contigo, observándote,
con la certeza de que
no había lugar más
seguro, que a tu lado.

La casa de muñecas: aquí ya no juegan

Natalia Sofia Pérez Camelo | Colegio de la Compañía de María - La Enseñanza | Grado décimo
Talleristas: Valeria Hernández Martínez y Luisa María Calderón Bedoya

Las manillas son un tejido que representa protección, amistad, amor... incluso, una nueva perspectiva. Para hacerlas necesitamos: hilo elástico, adornos plateados y dorados —preferiblemente en forma de mariposas y corazones—, también cuentas de colores y perlas. A las chicas les gustará.

Hay que empezar midiendo el hilo sobre la muñeca y cortarlo de manera que quede, al menos, dos dedos más largo de lo que en realidad es, así será posible hacer el primer nudo sobre uno de los extremos, para pegarlo con cinta en alguna superficie. Esta parte servirá para insertar las cuentas sin que se salgan por el otro lado.

Reviso la bolsa de materiales para verificar, por tercera vez, que todo está completo y veo por la ventana del bus que la ciudad está soleada, pues es una hermosa mañana de mayo. Al llegar a La Casa de la Divina Providencia, se siente el olor a sopa. Aquí suelen preparar el almuerzo temprano para que todos coman a tiempo. Mientras más se camina entre los pasillos, se disipa el aroma a comida, que es reemplazado por el de incienso, esa característica esencia de iglesia que adorna a las estatuas y cuadros de la Virgen María sosteniendo a su hijo en brazos. Esa imagen específica se guarda en mi mente durante un rato.

Las cuentas de colores son lo más importante de la manilla. No es lo mismo ponerle rosado y blanco con un adorno de corazón, que ponerle rosado y negro con un adorno de estrella. La variedad es de suma importancia, porque así cada una podrá poner un poco de su alma en el accesorio y lo volverán único, como ellas. Por eso, primero hay que inspeccionar todo lo que haya al alcance. Hoy hay dijes de colores pasteles, vivos, oscuros, translúcidos; ornamentos plateados, dorados y perlas. Hacer un patrón también es esencial, pues se pueden intercambiar los colores o hacer secciones de un mismo tono.

Nos dijeron que las niñas estarían en el patio, y así fue. Sentadas en filas y con la espalda recta, nos esperaban mientras susurraban entre sí para evitar que la profesora acompañante tuviera que separarlas.

—¡Buenos días!, ¿cómo están el día de hoy? —fue el saludo cálido que les brindó Adriana, nuestra profesora.

Nosotras estábamos de pie con la expectativa de que las actividades salieran como las habíamos planeado. Había grupos con cajas para decorar, otros con marcos para fotos y por supuesto, grupos con manillas. Ellas respondieron al unísono con un: “Bien, gracias a Dios, ¿y usted?”. Algunas jugaban emocionadas con sus manos o le hacían trenzas a la compañera que tenían delante. En sus ojos noté vestigios de emoción debajo de una sutil expresión melancólica. Al escucharlas responder y verlas organizando equipos para comenzar las actividades, regresé a mí un recuerdo de mis compañeras del colegio: desde pequeñas nos enseñaron a responder “Bien gracias ¿y tú?”, al ser saludadas. Las chicas fueron, para mí, el reflejo de una memoria que aliviana el peso de los días más difíciles y aflora la alegría remanente de la niñez.

Antes de ir al patio, las mujeres con uniforme de enfermera que trabajaban allí nos contaron que las niñas amaban las visitas, que lo que más anhelaban era salir de la rutina de las responsabilidades y el estudio. Por eso,



las manualidades y los juegos eran la mejor opción cuando lo que queríamos era hacerlas sonreír. Venían en grupos de cinco o seis a sentarse en el suelo, y con la mirada de un niño que observa los juguetes de otro, examinaban los materiales. Señalaban en silencio aquellos adornos que eran de su agrado, como si esperaran el permiso para tocarlos.

—Haremos manillas, chicas, pueden tomar lo que quieran —dije y se formó un silencio en el círculo que nos reunía. Solo seguían observando desde lejos con curiosidad y timidez.

—¿Quieren decirnos sus nombres? —yo aún puedo recordar algunos: Maria José, Isabella, Sofía...

Insertar las cuentas puede ser tanto una tarea tediosa como relajante. Hay que hacerlo con paciencia y delicadeza: tomas el extremo libre del hilo y lo deslizas hacia abajo, considerando el patrón de cuentas elegido. Si tiene un adorno en la mitad, se mide con una regla en dónde quedaría para asegurar un resultado simétrico. También hay otra opción: con cuentas de letras, se pueden formar palabras o nombres. De cualquier manera, el proceso es igual, se organizan las letras y se introducen en el hilo para formar la palabra.

A mi lado tuve a una niña de rostro amable y facciones suaves. Sus pestañas largas hacían que sus ojos brillaran como los de una muñeca. Estaba maquillada sutilmente y me llamaba la atención como llevaba los ojos delineados tan perfectamente.

—¿Puedo hacer dos? —preguntó dudosa, bajando la mirada y jugueteando con el hilo que antes había medido alrededor de su mano.

Claro que podía hacer dos, así que corté más elástico y lo medí en su muñeca. Ella lo apartó y me pidió hacerlo más pequeño. Sin pensarlo lo corté aún más y tomé los materiales que ella pidió: cuentas rosadas y negras para la más grande, azules y negras para la más pequeña. La manera en la que me lo pidió fue tímida, estaba tensa y su voz temblorosa la delataba. Estaba avergonzada por pedir una segunda manilla, lo cual no era un problema; había hilo y materiales suficientes. Fue difícil hacerle el nudo final a esta última sin que se desarmara, mientras ella observaba pacientemente cómo yo la terminaba. Se llevó las pulseras tan pronto estuvieron entre sus manos y se despidió mirándolas con alegría.

Pasaban los minutos y se acercaba la hora de irnos. Muchas chicas ya llevaban consigo una manilla y la mostraban a sus amigas, que respondían mostrándoles una caja decorada con recortes o fotos que se habían sacado con una cámara instantánea. Pocas sonrisas he visto tan sinceras como aquellas. Casi era hora de empacar para partir, cuando otra niña se acercó a mi base donde

todavía se hacían manillas. Su rostro era más aniñado, tenía baja estatura y pude notar que hace poco había mudado el colmillo superior derecho. Estaba de pie observando lo que hacían sus compañeras.

—¿Tienen adornos con letras? —preguntó, y yo verifiqué. Sí había.

A ella le trajeron una silla, pues no podía sentarse en el suelo.

—Quiero hacer una que diga “Tomás” —esta pulsera también era pequeña—, es para mi bebé, nacerá en dos semanas.

Su tono era calmado y amable. Hablaba mientras colocaba la mano sobre su vientre y en sus labios se dibujaba una sonrisa cada vez que se deslizaba una cuenta dentro del hilo elástico.

—Es muy linda. Gracias —la sostuve entre sus dedos y se reunió con sus amigas.

Como último paso, se debe dejar un poco de espacio entre la última cuenta y el hilo restante. Se despega el extremo pegado con la cinta y se ata un último nudo entre los dos extremos. Un nuevo vínculo ha sido creado a través de una manilla, uno que permanecerá por mucho tiempo en la muñeca de alguien y que al mirarlo, podrá sentir entre sus adornos el tacto de quien, con cariño, ofreció su ayuda para inmortalizar el recuerdo de una visita matutina.

Aquellas niñas estaban listas para continuar con la rutina luego de una mañana más relajada. Nos despedían con una sonrisa, pues habíamos logrado sacarlas de esa agobiante monotonía por un rato. Las personas del hogar también demostraron su gratitud, se nota que también les gusta ver a sus chicas felices. Me hubiera gustado quedarme un rato más con ellas, conocerlas, saber qué tipo de música escuchan, qué series les gusta ver, almorzar con ellas y hablar sobre las tareas del colegio. Claro... ellas están arrullando al niño de sus entrañas que descansa en un cuarto junto con los hijos de las demás. A ese niño que no pueden dejar en el armario para seguir jugando a ser su madre más tarde. Es aquel que tiene sus ojos y tal vez su sonrisa, aquel que conservará la manilla pequeña en su muñeca hasta que reviente y deje las cuentas azules y negras tiradas en el suelo.

*La Casa de la Divina Providencia es una institución sin ánimo de lucro fundada por la congregación religiosa Siervas de Cristo Sacerdote. Este hogar busca brindar atención integral a mujeres adolescentes y adultas jóvenes, donde las edades de la mayoría oscilan entre los 13 y 14 años, gestantes o en periodo de lactancia cuyos derechos se han visto amenazados o vulnerados. Asimismo, se atienden a sus hijos a través de procesos de integración educativa, social e incluso laboral.

Texto destacado

La autora logra narrar sin juzgar, ver sin invadir, sentir sin sentimentalismo. Natalia escribe con una mirada que abraza: observa, comprende y muestra cómo una actividad simple como hacer una manilla puede ser un acto de encuentro, cuidado y resistencia frente a una realidad difícil.

Nos despedían con una sonrisa, pues habíamos logrado sacarlas de esa agobiante monotonía por un rato.